LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Príncipe.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1864.

Obras del mismo Autor que se hallan en la Administracion lírico-dramática.

Eclipse parcial (comedia).
La bondad sin la experiencia (comedia).
Un duelo á muerte (drama).
Venganza catalana (drama).
Las cañas se vuelven lanzas (comedia).

ZARZUELAS.

Cegar para ver.
El Grumete.
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*).
Galan de noche.
Llamada y tropa.
Azon Visconti.
Dos coronas.
La caceria real.
La tabernera de Lóndres.
Un dia de reinado.

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS.

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Príncipe.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANA....................	D.ª MATILDE DIEZ.
CLARA	D.ª ADELAIDA ZAPATERO.
D. LEON CARVAJAL, capitan de caballeria reformado..............	D. MANUEL CATALINA.
D. FERNANDO, id., en activo servicio........	D. MANUEL PASTRANA.
BLAS, mayordomo de Ana.	D. JUAN CATALINA.
GASPAR, criado de Don Leon.................	D. MARIANO FERNANDEZ.
PEDRO, posadero.......	D. MIGUEL IBAÑEZ.
UN NOTARIO..........	D. N. N.
Criados de la posada.	

La escena pasa en Toledo, á principios del siglo actual.

ACTO PRIMERO.

Sala con dos puertas laterales y una en el fondo. La de la izquierda, que estará cerrada, comunica con otras habitaciones: la del lado opuesto es la que da salida á la calle, y la del fondo da paso á una alcoba. Armas colgadas de la pared. Al levantarse el telon dos ó tres criados acaban de quitar algunos muebles viejos que sustituyen con otros nuevos y elegantes. El posadero dirige la operacion.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y CRIADOS.

PEDRO. La transformacion ha sido
completa.—Vamos, muchachos!
ya es hora de que acabemos!
adentro con esos trastos.
(Vánse los criados llevándose los muebles viejos.)
El capitan no ha venido
todavia, y es lo malo
que esta noche he de entregar
á esa señora su cuarto.
Pondré á Gaspar al corriente...
—Hola, Gaspar!

ESCENA II.

PEDRO y GASPAR, que sale restregándose los ojos.

GASPAR. Han llamado?
PEDRO. Soy yo!
GASPAR. Dios te lo perdone.
PEDRO. Qué cosa?
GASPAR. Estaba soñando.
PEDRO. Algun sueño alegre.
GASPAR. Mucho.
Estaba yo en un palacio...
—Calle! qué es esto?—Ya entiendo:
esto es que no he despertado.
Tírame un par de pellizcos,
Pedro.
PEDRO. Oye.
GASPAR. Ó échame un jarro
de agua.
PEDRO. Di, tardará mucho
tu señor?
GASPAR. En qué quedamos?
Es verdad esto? no sueño?
holan, terciopelo, raso!
Perdóname, noble Pedro:
perdona! te he calumniado!
No te juzgaba capaz
de este generoso rasgo.
—Abrázame.
PEDRO. No hay por qué.
GASPAR. Tambien modesto! Oh dechado
de los posaderos!
PEDRO. Oye:
tienes que mudar los bártulos.
GASPAR. Qué dices?
PEDRO. Que este aposento
tiene ya otro dueño: claro.
GASPAR. Otro dueño? ya! nos echas
de tu casa?
PEDRO. Yo? Al contrario;
mejorais de habitacion.

GASPAR. Dónde vamos?
PEDRO. Al tejado;
es decir, á la buhardilla.
No hay otro sitio mas sano.
GASPAR. Canalla!
PEDRO. Dí lo que quieras.
GASPAR. Bribon!
PEDRO. Corriente.
GASPAR. Bellaco!
PEDRO. Hay algo mas?
GASPAR. Mesonero!
PEDRO. Eso sí que no lo aguanto.
Señor Gaspar! no juguemos!
Hola! hola!
GASPAR. Bien sabe el asno
en casa de quien rebuzna:
si no te hubieramos dado
tanta confianza...
PEDRO. Gaspar,
cálmate y hablemos claro.
Yo vivo de lo que como
y como de lo que gano,
y el capitan...
GASPAR. Mi señor
es un hombre muy honrado.
Dos meses hace que está
en tu casa, y á lo máximo,
qué debe? sesenta dias;
es motivo para echarlo?
PEDRO. Ya sé que es hombre de bien;
mas como no tiene un cuarto
ni lo tendrá...
GASPAR. Cómo es eso?
Y por qué?
PEDRO. Es enamorado.
GASPAR. Toma! toma! y qué ha de hacer
un capitan de á caballo?
PEDRO. Y luego huele á difunto:
es decir, á reformado;
que es como quien dice, muerto.
GASPAR. Eso es! mire usted qué pago!...
—Voy á buscarle, y si manda

que te dé cincuenta palos,
no le habré servido nunca
de mejor gana.—Adios, Caco. (*Váse.*)

ESCENA III.

PEDRO solo.

PEDRO. La del humo, poca ropa!
á tal amo, tal criado:
aunque el señor, la verdad
sea dicha, es un buen muchacho;
pero está pobre, y no reza
san pobre mi Calendario.
(*Abre la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

PEDRO, ANA y CLARA.

PEDRO. La señora puede ver
si gusta, el nuevo aposento.
El huésped se irá al momento:
ya se lo he dado á entender.
ANA. No causaré, á lo que creo,
extorsion ni perjuicio?...
PEDRO. Ese señor tiene el vicio
de no tener, que es muy feo.
Quiera usted la sala ó no,
y él lo tome á bien ó á enojo,
hoy mismo le desalojo;
asi! primero soy yo.
ANA. Pobre hombre!
PEDRO. Se irá al desvan,
y gracias.
CLARA. Desventurado!
ANA. Es militar?
PEDRO. Reformado.
ANA. Qué graduacion?
PEDRO. Capitan.
ANA. (Ay! si fuera!...)
PEDRO. Dios me guarde

de esta gente: es una plaga.

ANA. Y por qué?

PEDRO. Porque la paga
ó no viene, ó viene tarde.
No por eso diré mal
del huésped, que es un buen hombre,
franco, apacible...

ANA. Su nombre?

PEDRO. Don Leon de Carvajal.

ANA. (Albricias! ya pareció!
Gracias, Dios mio!) No quiero
que salga de casa.

PEDRO. Pero...

ANA. De otro modo, saldré yo.

PEDRO. Señora...

ANA. Lo dicho, dicho.
(Asi le tengo en la casa.)

CLARA. Qué interés?...

ANA. Esto no pasa
de... qué diré? de un capricho.
Quiero evitarle una afrenta.
—Yo interés? ni por asomo.
—Dile á Blas mi mayordomo (Á Clara.)
que salde luego esa cuenta.
Mas que ignore esta merced. (Á Pedro.)

PEDRO. Y á quién la debe?

ANA. Eso es llano.
Y déle usted oro á mano,
como que sale de usted.

PEDRO. No va á creerlo: ademas
si él pidiera con exceso,
yo soy pobre...

ANA. En cuanto á eso
yo haré... Blas?

BLAS. (Saliendo.) Aqui está Blas.

ESCENA V.

DICHOS y BLAS.

ANA. Reconoce á este señor.
Cuanto dinero te pida...

BLAS. No es el *pasagericida*
de esta casa?
PEDRO. Servidor.
BLAS. Basta.
ANA. En cualquier cantidad,
se lo entregas.
BLAS. Bien.
ANA. Ahora,
déjenos usted.
PEDRO. Señora!... (Saludando.)
(Esto ya no es caridad.) (Váse.)

ESCENA VI.

ANA, CLARA y BLAS.

ANA. Mírame.
CLARA. Ya miro.
ANA. Y tú!
—Qué es lo que os dice mi cara?
BLAS. Su cara de usted?...
CLARA. Sospecho
que está usted como unas pascuas.
BLAS. Eso digo.
ANA. Lo sospechan,
cuando el gozo me anonada!
CLARA. Ay! no se alegre usted tanto,
que me asusta!
ANA. Pide, Clara!
pídeme albricias! y tú
y todos los de mi casa.
Quiero veros como yo
contentos.
BLAS. ¡Cosa mas rara!
ANA. No sabeis que la alegria
quiere ser comunicada?
CLARA. Antes de que yo me alegre;
no podré saber la causa?
ANA. No la sabes? verdad es
que yo no os he dicho nada.
CLARA. Ahí verá usted!
ANA. Por qué estoy

corriendo por toda España?
—Adivinad.

CLARA. Yo qué sé?

ANA. Y tú?

BLAS. Las gentes viajan
por gusto...

CLARA. Por instruirse...

ANA. Seguid.

BLAS. Por darse importancia...

CLARA. Por tomar aires...

ANA. Te vas
á quedar estupefacta.
Ando persiguiendo á un hombre.

CLARA. Á un hombre! qué inocentada!
habiendo tantos!

BLAS. No sé
si habrá tantos para tantas.

ANA. Para mí, Clara, no hay otro
en la tierra.

CLARA. Asi se ensanchan.

ANA. Un hombre cuya memoria
tengo en mi pecho grabada
quince años ha.

CLARA. Tá! tá! tá!

ANA. Compañero de mi infancia,
y aun mi deudo: es aquel primo
con quien me crié en Canarias.

CLARA. Que no ha vuelto usted á ver?

ANA. Nunca mas.

CLARA. Y usted le ama?

ANA. Hay afecto y hay deber.

CLARA. Y dado que usted le hallara...

ANA. Eso está logrado.

CLARA. Bueno;
mas la precaucion no es mala.
Le agradará á usted ahora
como en los tiempos de marras?

ANA. Qué me importa su figura?
tenga las prendas del alma...

CLARA. Ya! y en ese punto...

ANA. Estoy
completamente informada.

Todos los que le conocen,
le estiman: no hallan palabras
con que elogiar sus virtudes.

CLARA. No es malo que tenga fama.

ANA. Generoso, muy bien quisto,
y aun de presencia gallarda.

CLARA. Hola!

ANA. Eso dicen: no crea,
que doy yo grande importancia...

CLARA. Ya lo supongo!... Bonita
es la niña! nada! nada!
—La virtud! si ese es mi flaco!
sea bueno y eso nos basta.
Nos encontramos con que es
buen mozo: es una desgracia!
pero le hemos de matar
solo por su buena cara?

ANA. Ay! qué humor tienes!

CLARA. Estoy
contenta como usted manda.
—Pero no quisiera aguar
esa dicha.

ANA. Pues qué?...

CLARA. Falta
hacer otra informacion:
quizá la mas necesaria.

ANA. Cuál es?

CLARA. Está usted segura
de que el capitan la guarda
el mismo afecto? y si tiene
su trapillo acá en España?

ANA. Ay, qué intencion tan dañina!
tú, por llevar la contraria...

CLARA. Yo siento decirlo; pero
la que ya está escarmentada!
Y los militares! digo!
que quieren sobre la marcha
y viven sobre el pais!

ANA. No es de esos.

CLARA. No? Dios lo haga.

ANA. Oidme: no me conviene
por ciertas y ocultas causas

que me conozca, hasta ver
el cariño que me guarda.
Pienso ocultarle mi nombre:
soy Cecilia en vez de Ana.
Entendeis? que no comprenda...

CLARA. Bien está.

BLAS. Descuide el ama.

ANA. Y para mayor decoro,
y que no conciba mala
opinion, viéndome sola
corriendo tierras extrañas,
necesito un padre.

CLARA. Un padre?

ANA. Ya lo tenemos en casa.

CLARA. Quién es?

ANA. Blas.

BLAS. Yo, señorita?

ANA. Quién de mayor confianza?

BLAS. Eso sí! nadie en la tierra! (Con cariño.)

ANA. Y sabrás darte importancia?

BLAS. Vaya!

ANA. Y sabrás inspirarle
temor y respeto?

BLAS. Vaya!

ANA. Hacer, en fin, el tirano
de comedia?

BLAS. Y que me agrada.
Verá usted: me pinto solo
para papeles de barba.
Pongamos que encuentro á usted
con el galan: que él la abraza...

ANA. Cómo? (Con seriedad.)

BLAS. Digo! si he de hacer
el tirano en esta farsa,
preciso es que haya motivo
para enfadarse.

ANA. Oyes, Clara?

CLARA. Tiene razon.

ANA. No la tiene.
Como tirano, te enfadas
por todo.

BLAS. No es justo, pero

haré lo que usted me manda.

ANA. Corre, no se pierda tiempo,
y cómprate una casaca...

BLAS. Que la honre á usted.

ANA. Y reló
y cadena.

BLAS. No hará falta.

ANA. Todo es para tí...

BLAS. De veras?

ANA. Si se logra mi esperanza.

BLAS. Se logrará: pues qué mas
puede querer que una alhaja?...

ANA. Lo crees? (Lisonjeada.)

BLAS. Digo! pues...—Voy
á revocar la fachada.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

ANA y CLARA.

CLARA. Digo yo que habrá que hacer
cómplice en esta maraña
al posadero.

ANA. Bien dices.

CLARA. Ya él sospechará...

ANA. Si, Clara:
tambien tendrá su papel.
—Y tú, procura con maña
hablar al criado.

CLARA. Ya! (Con malicia.)

ANA. Y mira si le sonsacas...

CLARA. Descuide usted: ya comprendo
el papel que se me guarda
en la comedia.

ANA. No creas...

CLARA. El de todas las criadas.

ANA. No oyes pasos?

CLARA. El primer
galan sin duda.

ANA. Entra y calla!
(Vánse por la izquierda, cerrando la puerta: despues salen por el opuesto lado D. Leon y Gaspar.)

ESCENA VIII.

D. LEON, GASPAR.

GASPAR. Ve usted si le dije bien?
LEON. Es verdad. (Reparando en los muebles.)
GASPAR. Yo le prometo...
LEON. Basta.
GASPAR. Faltar al respeto
á mi capitan! y quién?
un tuno.
LEON. Calla, Gaspar,
y tu sinrazon advierte:
no es de Pedro, es de mi suerte
de quien me debo quejar.
Y gracias que no me niega
en un caso tan estrecho
un pobre rincon; un techo.
GASPAR. Nos mandara á la bodega;
pero al desvan!
LEON. Me es igual:
todo á mi estado conviene.
—Llámame á Pedro.
GASPAR. Aqui viene.

ESCENA IX.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. Don Leon de Carvajal?
(Descubriéndose con respeto.)
LEON. Entra, Pedro; ven aqui.
GASPAR. Si él oyera mi consejo, (Al oido.)
hoy soltabas el pellejo.
LEON. Tengo una queja de tí.
PEDRO. Queja usted? no se me alcanza
en qué puedo haber faltado...
LEON. La verdad, me has agraviado.
PEDRO. Con qué?
LEON. Con esta mudanza.
PEDRO. Dijéralo usted!—De modo,

que si no encuentra bastante
este ajuar...—Voy al instante
á hacer que lo cambien todo.
Qué tela y de qué color
le agrada? Usted es el dueño.

LEON. Pero estás loco? yo sueño!

PEDRO. No sueña usted; no, señor.

LEON. Mas qué causa te ha movido
para hacer esta locura?

PEDRO La diré, si usted me apura.
—Yo que hasta ayer no he sabido...
—El que nace hombre de bien
y tiene honor y conciencia...

LEON. Pero...

PEDRO. Usted nació en...

LEON. Valencia.

PEDRO. Y señor padre...

LEON. Tambien.

PEDRO. Justo! Don...

LEON. Don Diego.

PEDRO. Hay tal
dicha! con qué regocijo
le miro! usted es el hijo
de don Diego Carvajal!

LEON. Tú sin duda desvarias;
porque es para mí tan nuevo...

PEDRO. No sabe usted lo que debo
al digno autor de sus dias.

LEON. Pedro!

GASPAR. (Habrá empinado el codo?)

PEDRO. Hasta este pobre rincon
que le ofrezco... ay, don Leon!
todo se lo debo, todo!
En fin, cuando yo le cuente
la historia, ya verá usté.

LEON. Habla.

PEDRO. Ya se la diré...
(tan pronto como la invente.)

ESCENA X.

DICHOS y D. FERNANDO.

FERN. Leon! Leon! vengo loco!
de contento hablar no puedo.
LEON. Qué hay?
FERN. Ha llegado á Toledo...
(Deteniendo á Pedro, que se vá á marchar.)
Qué! te vas? espera un poco.
PEDRO. Qué hay?
FERN. Tú nos puedes dar luz.
LEON. Pero ¿quién es?
FERN. Una chica!
PEDRO. (Eh! ya la olió.)
FERN. Cosa rica!
pie breve, garbo andaluz!
—Pedro, dí si miento.
PEDRO. En nada:
al contrario, es su retrato
completo!
FERN. Y qué garabato!
PEDRO. Y qué dote!
FERN. Y qué mirada!
Jamás he visto mujer
de tan raras perfecciones.
PEDRO. Pues tiene otras condiciones
que usted no ha podido ver.
Vive con mucha quietud,
es doncellita y se aliña,
y por fin, es una niña
misto de gracia y virtud.
Y rica? no tiene par.
FERN. Muchas prendas hay en ella.
Hermosa, rica, doncella...
algo habrá que rebajar.
PEDRO. Qué talento de muchacha!...
FERN. Talento? ya yo decia!
LEON. Qué, murmurador?
FERN. Que habia
de tener alguna tacha.

LEON. Y moza tan peregrina,
no será mengua si pasa
sin saber que hay tropa en casa?
—Dónde vive?

FERN. Es tu vecina:
allí. (Señalando á la izquierda.)

LEON. Pues al arma, y cierra
España.

FERN. Conste que yo
fuí el Colon que descubrió
la desconocida tierra.
Mi derecho está á la vista.

LEON. Mas lo está el mio.

FERN. Eso es cuento.

LEON. Si es tuyo el descubrimiento
me toca á mí la conquista.

FERN. No, sino á mí.

PEDRO. Y á qué es tanto
charlar? pretendan los dos,
y al que se la diere Dios,
bendígasela mi santo.

FERN. Dice bien este animal.

PEDRO. No es verdad?

FERN. Algunas veces,
cosa increible! pareces
casi... casi racional.

LEON. Quiero verla.

FERN. En el jardin
está, y desde mi ventana...

LEON. Vamos allá; tengo gana
de ver á ese querubin.
(Vánse todos menos Gaspar, que se queda mirándolos con lástima.)

ESCENA XI.

GASPAR, luego CLARA.

GASPAR. Bendito sea Dios! qué hombres
hay en el mundo tan bobos!
en diciendo que les dicen
que hay faldas, adios, meollo!

Conmigo pueden venir!...
si como yo fueran todos,
trompicaban las mujeres
corriendo tras de nosotros.

CLARA. Se puede entrar? (Desde la puerta.)

GASPAR. Adelante!
—Carambita!
(Arreglándose el pelo y poniéndose muy garboso.)

CLARA. Está usted solo?

GASPAR. No, señora: está conmigo
el sol, y me quedo corto.

CLARA. Me permite usted que vea...

GASPAR. Qué quiere usted, pino de oro!

CLARA. Mirar si está bien cerrada
esa puerta.

GASPAR. Á piedra y lodo.

CLARA. No habrá rendija?...

GASPAR. Esas cosas
no se usan entre nosotros.
Ese era el cuarto en que estaba
viviendo el teniente Lobo,
y nunca ha pensado el amo
espiar... ni por asomo.

CLARA. Mas si en vez de ese teniente
animal...

GASPAR. Vaya un apodo!

CLARA. Hubiera gente de faldas...

GASPAR. Entonces... segun y cómo.

CLARA. Acabamos de llegar
de Canarias, porque todos
somos de allá, y nos han dicho
que andemos con piés de plomo.
—Quién vive aqui?

GASPAR. Don Leon.

CLARA. Otro animal?

GASPAR. Poco á poco!

CLARA. Es una casa de fieras!

GASPAR. Pues no es ningun despropósito.
Los soldados españoles,
ya se sabe! todos somos
muy fieros!

CLARA. No es asi el amo.

GASPAR. Le conoce?
CLARA. Le conozco.
Es un perfecto soldado.
GASPAR. Ajá!
CLARA. Bien quisto, muy probo...
—Y tiene algun trapicheo?
GASPAR. Pch! pues! nunca falta un roto...
y como la caza abunda
y el capitan es buen mozo...
CLARA. Digo, si alimenta algun
amor...
GASPAR. Amor... de esos gordos!
no, señora! no alimenta
mas que á un criado, y bien poco.
CLARA. Con que á nadie quiere.
GASPAR. Á nadie.
CLARA. Me alegro.
GASPAR. Por qué, pimpollo?
CLARA. Porque cierta dama...
GASPAR. Ya!
CLARA. Le mira con buenos ojos.
GASPAR. Pues si acaba de llegar
de allá; explíqueme usted cómo...
CLARA. Le vió esta mañana.
GASPAR. Vamos!
y se enamoró de pronto.
CLARA. Dígale usté al capitan
que si yo no me equivoco,
hoy le busca la fortuna:
que no la pierda por corto.
GASPAR. Óigame usted: será cosa
de que echemos el cerrojo?
CLARA. Tiene miedo?
GASPAR. Tengo miedo,
pero de volverme loco.
CLARA. Si?
GASPAR. Por ese cuerpo indino.
CLARA. Le ha flechado á usted?
GASPAR. Un poco.
Y puesto que tiene usté
la medicina en sus ojos,
vamos! no será tan perra

que me niegue algun socorro.

CLARA. Hermano, Dios le provea.

GASPAR. Y usted?

CLARA. Yo soy como el cóngrio,
toda espinas.—Abur.
(Abriendo la puerta de la izquierda.)

GASPAR. Prenda!

CLARA. No me gustan los babosos.
(Entrando y dando un portazo.)

ESCENA XII.

GASPAR, luego D. LEON.

GASPAR. Qué aire lleva!—Mis narices!
Caramba! si me descuido!

LEON. Con quién estabas hablando,
Gaspar?

GASPAR. Chit!

LEON. Qué es eso?

GASPAR. Chito!

LEON. Eh?

GASPAR. Me parece que ya
capitula el enemigo.

LEON. El enemigo? no entiendo!

GASPAR. La vecina, que es lo mismo.
De aqui sale la doncella.
—La criada.

LEON. Y á qué vino?

GASPAR. Con pretexto de indagar
si visual ó auditivo
hay conducto en esa puerta
contra el pudor femenino.

LEON. Hola! y qué tal?

GASPAR. Pche!

LEON. Qué trazas?...
ya sabes que por el hilo...

GASPAR. Por lo pronto ya sabemos
que es género ultramarino.

LEON. Qué?

GASPAR. Pájara!

LEON. Cómo pájara?
GASPAR. Canaria, y con mucho pico.
Buena estampa! mucho rumbo!
mas no debe jugar limpio.
Sospecho que el ama tiene
contra usted algun designio
culpable: hay que estar alerta!
LEON. Hombre! estás en tu juicio?
qué puede esperar de mí?
Dinero?
GASPAR. La desafio...
No, señor! en ese punto
estamos por hoy tranquilos.
LEON. Buscará boda?
GASPAR. Quién sabe!
LEON. Es el único peligro...
GASPAR. Y el mayor.
LEON. Pero de qué
lo presumes? qué te ha dicho?
GASPAR. No es cosa!—«El capitan es
(Remedando á Clara.)
tan caballero y tan fino
como dicen?»—«Quién se atreve
á dudarlo?» la replico.
—«Pues dígale usted, que ó mucho
me engaño, ó ha conseguido
interesar á una dama.»
—«Mi señor es otro erizo...
como yo.»—«Sabe si tiene
el capitan su trapillo?...»
—«No me fia sus secretos!»
—Yo, mas sério que un borrico.
—«Marrullero!»—«Usted perdone!»
—Tuerzo el gesto... asi! desfilo,
la dejo plantada, y eso
que me echaba unos ojillos!
LEON. Has hecho mal: me está haciendo
cosquillas, por lo inaudito,
este lance. No habrá medio
de verla, mas sin ser visto?
GASPAR Pero señor! á qué es ese
pudor tan intempestivo?

LEON. Tienes razon: voy á hablarla.
GASPAR. Mucho cuidado, amo mio!
LEON. Y si es una aventurera,
como todos los indicios
lo hacen presumir, veremos! (*Marchándose.*)
GASPAR. Sea usté como yo! lo mismo.
—En diciendo que se ablanda
un hombre... (*Siguiéndole.*)
LEON. Vive tranquilo.

(*Vánse por la derecha: luego que ha cerrado la puerta, salen por el lado opuesto, Clara primero y despues Ana, marchando con precaucion.*)

ESCENA XIII.

ANA y CLARA.

CLARA. Atrévase usted.
ANA. No está?
CLARA. Cuando digo que han salido!
ANA. Es verdad: no hagas ruido.
—Ay, Clara! si volverá?
CLARA. No hay miedo: yo estoy alerta,
y en oyendo ruido, pies
para qué os quiero!
ANA. Eso es!
deja expedita la puerta.
—Qué hay aqui?
CLARA. Sable y pistolas.
ANA. No te acerques! guarda, Pablo!
CLARA. Tiene usted miedo? qué diablo?
ó somos ó no españolas.
ANA. No tengo yo corazon
para tanto.
CLARA. Cosa extraña!
y entra usted, que es mas hazaña,
en la cueva de un leon.
ANA. Fuera de que en tí descanso,
á la cueva no viniera
si por dicha no supiera
que mi Leon es muy manso.
CLARA. No hay que fiarse: aun no está

domesticado.

ANA. Yo espero
conseguirlo.

CLARA. Hombre soltero
se ignora lo que será.

ANA. Conque segun el criado
asegura...

CLARA. Si, señora:
no está el galan por ahora
seriamente enamorado.

ANA. Seriamente! qué intencion?...

CLARA. Es decir, que si hay amores,
son de estos de los señores
que llaman de quita y pon.

ANA. No me agradára...

CLARA. Eso es!
pida usted mas!—Lo primero
le queriamos soltero,
libre de pasion despues,
y al fin pedirá usted tanto!...

ANA. Tanto! pues yo qué he pedido?

CLARA. Digo! buscamos marido,
ó canonizamos santo?

ANA. Y si sale luego?...

CLARA. Y qué?
donde irá el buey que no are?
Asi Dios me lo depare,
que yo lo aprovecharé.

ANA. De oirte me escandalizo!

CLARA. Y supuesto que no hay uno
perfecto, yo quiero un tuno,
y no quiero un primerizo.

ANA. Puede que tengas razon:
mas yo ser sola prefiero,
y quisiera todo entero
de mi primo el corazon.
Por eso.. no te rebeles
si á lo que vienes te digo.
—Á qué te traigo conmigo?
á registrar sus papeles.

CLARA. Qué horror!

ANA. Te espantas?

CLARA. Pues no?
—Donde los tiene?
ANA. Indiscreta
he sido... En esta gabeta. (Abriéndola.)
CLARA. Justo!
ANA. Sácalos.
CLARA. Quién! yo?
—Mire usted no nos atrape!...
(En este momento aparece Leon en la puerta de la derecha.)
LAS DOS. Ay! ay! ay! (Viéndole.)
LEON. Quién anda ahí?
ANA. Ponte delante de mí.
CLARA. Para qué? ya no hay escape.

ESCENA XIV.

ANA, CLARA y LEON.

LEON. Señora!
ANA. No he sido yo...
CLARA. Valga la verdad.
ANA. Confieso
que debe usted extrañar
mi presencia...
CLARA. Ya lo creo!
ANA. Hallar dos desconocidas
que se entran en su aposento...
CLARA. Que abren papeles...
ANA. Te callas?
—No piense usted mal...
LEON. Qué empeño
en quererse disculpar
de lo que yo la agradezco!
ANA. Usted me agradece...
LEON. Y mucho,
el interés lisonjero
que se toma, en conocer
mis amorosos secretos.
ANA. Eso piensa?
CLARA. No creia
á este señor, tan modesto.

ANA. Oyes?
CLARA. Ya! ya!
ANA. Y no te ries?
creerá que me estoy muriendo
por él.
LEON. No diré yo tanto;
pero un poquito de afecto...
de interés...
ANA. Pero, por Dios!
de dónde saca usted eso?
LEON. Lo digo? (*Mirándolas alternativamente.*)
ANA. Por mí...
CLARA. Por mí...
LEON. Aunque parezca indiscreto?
ANA. No puede usted figurarse
la curiosidad que tengo.
LEON. Cierta criadita...
CLARA. Á que yo
se lo he dicho?
LEON. Á mí no! á cierto
criado.
CLARA. Cállese usted! (*Ap. á Leon.*)
ANA. Muchacha! Clara! qué has hecho?
comprometer mi opinion!
qué dirá este caballero?
LEON. Perdónela usted.
ANA. No vaya
usted á pensar por esto...
LEON. Era extremada ventura
para mí.
ANA. Si no me muero
de vergüenza!...—Yo te juro
que has de pagarme este enredo.
Desde hoy quedas despedida.
CLARA. Señora!
ANA. Ni verte quiero.
CLARA. Interceda usted por mí! (*Ap. á Leon.*)
LEON. Puesto que yo no merezco
piedad, ya que no otra cosa,
podré alcanzar por lo menos
el perdon de esa infeliz?
ANA. No lo merece! veremos.

LEON. Poco ha durado el enojo. (Ap. á Clara.)
CLARA. Eso es lo que tiene bueno!
nunca ha sido rencorosa.
ANA. Si me promete no hacerlo
otra vez...
CLARA. Ay! Dios me libre!
no me ha salido del cuerpo
el susto!
LEON. Y ya que usted tiene
tan benignos sentimientos,
no habrá piedad para mí?
no habrá para mí un recuerdo?
ANA. No entiendo á usted.
CLARA. (Marrullera!)
LEON. Yo me explicaré si puedo.
—Si amando á usted, aspirára
á merecerla un afecto,
se ofendiera usted?
ANA. Por ser
amada? en eso no veo
ningun pecado: al contrario!
qué dicen los mandamientos?...
LEON. Luego no ha mentido Clara!
ANA. Señor capitan! (Ruborizándose.)
CLARA. Silencio!
ANA. Eh?
CLARA. Pensé oir al señor...
LEON. Quién es el señor?
CLARA. El suegro:
piensa usted que somos hongos?
LEON. Tiene usted padre?
CLARA. Y mas sério
y mas puntilloso! cáspita!
en tocándole á un cabello
de su hija, se matará
con todo su regimiento.
ANA. Dice bien Clara: si llega
á saber algo...
CLARA. Qué miedo!
—Mas yo estaré con cuidado...
(Se dirige á la puerta de la izquierda: Ana corre hácia ella.)

ANA. Qué?

CLARA. Desde allí no oigo... y veo.

(Entra por la puerta de la izquierda; pero se dejará ver diferentes veces durante la escena que sigue.)

ESCENA XV.

ANA y LEON.

LEON. Doy á usted gracias.
ANA. No sé...
LEON. Por el perdon concedido
á Clara.
ANA. No lo ha debido
á esa razon.
LEON. Pues á qué?
Hay otras causas?
ANA. Hay varias.
Adónde la pobre iria?
la traigo en mi compañia
de muy lejos: de Canarias!
LEON. Con que... de Canarias!
ANA. Si.
LEON. Tambien yo he estado...
ANA. ¡Qué escucho!
Y por mucho tiempo?
LEON. Mucho.
—Y usted?
ANA. Yo he nacido allí.
LEON. Y yo mis años mejores
he pasado en esa tierra.
ANA. La recuerda usted?
LEON. Encierra
para mí muchos dolores,
y una historia de dos almas
en un amor confundidas.
ANA. (Bien hayas, que no lo olvidas.)
—Y dónde fué eso?
LEON. En las Palmas.
ANA. Qué extraña casualidad!
LEON. Pero mintió aquel cariño

en ella, que olvidó al niño.
ANA. (Dios sabe que no es verdad!)
Así?
LEON. Para su ignominia!
ANA. (Oh! su injusticia me mata!)
LEON. Qué afecto olvidó la ingrata!
—Eramos Pablo y Virginia.
El bosque, las anchas calles
de enamoradas palmeras,
las apacibles riberas
y aquellos frondosos valles,
como dos enamorados
corrimos en dulce calma,
las manos, palma con palma,
los ojos embelesados.
Mas llegó un dia en que Dios,
desvaneciendo aquel puro
bienestar, levantó un muro
invencible entre los dos.
ANA. Cómo?
LEON. Enfermó el viejo tio
cuyo cariño y largueza
eran toda la riqueza
de nuestros padres: el mio
corrió á verle sin tardanza,
creyendo hallar moribundo
al anciano que en el mundo
era su sola esperanza.
—Le halló muerto.
ANA. Desdichado!
LEON. Pero nunca el mal ni el bien
vienen solos, y tambien
se encontró desheredado.
No por esto se rindió
al pesar, hasta que...
ANA. (Llora!)
LEON. Su propio hermano, señora,
de su casa le arrojó!
ANA. Es posible?—Debió haber
alguna causa...
LEON. Lo ignoro;
pero la herencia, aquel oro

maldito, debió de ser.
Lo cierto es que de la mano
me cogió padre afligido,
despues de haber maldecido
á aquel miserable hermano.
Huyó respirando saña!
pobre padre! y á otro dia
un barco nos conducia
á nuestra querida España.
Mas sin duda aquel pesar
le dió temerosa guerra,
que antes de avistar la tierra
ancha tumba le dió el mar.

ANA. Y no pronunció el perdon...

LEON. Murió en toda su entereza.
Yo he heredado su pobreza,
mas tambien su indignacion.

ANA. Yo en las Palmas he vivido
tres años: cuál es el nombre?...

LEON. Perdone usted: ese hombre
lleva mi propio apellido.

ANA. Y qué ha sido al fin de aquella
primita semisalvaje?

LEON. Desde aquel triste viaje
no he vuelto á saber mas de ella.

ANA. Aun la quiere usted.

LEON. No tal.

ANA. Qué importa que lo confiese?

LEON. Antes la aborrezco.

ANA. Es ese
el pecado original?
La razon no se me alcanza
de ese rigor increible.

LEON. Y mi venganza?

ANA. Qué horrible
palabra es esa! Venganza!
Quien la trae asi en el labio
tiene el corazon de roble.
Es tan dulce y es tan noble
decir: «olvido un agravio!»

LEON. Y el que no puede olvidar
aunque quiera; qué ha de hacer?

ANA. Abandonarse al placer
inmenso de perdonar.

LEON. Fuerza y voluntad me quita
el dolor que me devora,
y yo no tengo, señora,
esa bondad infinita.
De la mujer noble don
fué siempre, y casi un instinto.

ANA. Y el hombre?

LEON. Le hacen distinto
su vida y su educacion.
Como dos contrarios seres
vemos, sentimos, pensamos.

ANA. Y es posible que envidiamos
á los hombres las mujeres!

LEON. Y usted...

ANA. Tambien hasta hoy
envidié su libertad.

LEON. Y ya no?

ANA. Si eso es verdad,
prefiero ser lo que soy.
No! ni aun libre quiero ser
á costa de una virtud.
—Bendita la esclavitud
que hace buena á la mujer!

LEON. Ah! señora! usted no tiene
en su corazon la herida
que ha envenenado mi vida!

ANA. Dónde está el valor?...

ESCENA XVI.

DICHOS, CLARA, que viene muy azorada, y luego BLAS vestido con afectacion.

CLARA. Ahí viene!

ANA. Quién?

CLARA. El viejo!—Por Dios vivo!—

LEON. No tema usted: por aqui...
(Leon va á abrir la puerta de la derecha, y en el mismo intante se oye dar golpes en ella. Ana le detiene.)

FERN. Abre, Leon.
ANA. Ay de mí!
—No abra usted: se lo prohibo.
BLAS. Qué es esto? (Saliendo.)
CLARA. Adios, mi dinero!
ANA. Padre!
BLAS. Vete de aqui al punto!
LEON. Yo... (Turbado.)
BLAS. Yo á usted no le pregunto
qué edad tiene, caballero.
LEON. Comprendo que á usted le venza
el furor; mas no colija
que su hija de usted...
BLAS. Mi hija
tiene muy poca vergüenza.
ANA. Padre!—(Blas! que te resbalas!) (Ap. á Blas.)
—Su mandato reverencio;
pero sabe Dios!...
BLAS. Silencio!
Yo te cortaré las alas.
ANA. Eso redunda en desaire
de mi fama: honrada soy.
BLAS. Yo te pondré desde hoy
en donde no te dé el aire!
—Adentro las descaradas!
(Las empuja y hace entrar por la puerta de la izquierda.)
LEON. Soy hombre de bien.
BLAS. Tambien
he sido yo hombre de bien,
y he pegado unas tostadas!
LEON. Supongo...
BLAS. Asi como suena.
LEON. Suplico á usted no la riña.
BLAS. Ya sé yo quién es mi niña;
eso es aparte: es muy buena.
LEON. Tal creo.
BLAS. Pero es mujer:
tiene un corazon sencillo,
y hay por aqui mucho pillo
como usted puede saber.
LEON. Es un insulto?

BLAS. No... y si!
Y por vida de mi nombre,
que si anda buscando un hombre
le ha encontrado usted en mí.
Beso á usted la mano.—Abur.
(Váse cerrando la puerta de la izquierda. Leon corre á abrir la del lado opuesto, por donde salen Don Fernando y Gaspar.)
LEON. El viejo se sube presto
á la parra.

ESCENA XVII.

LEON, FERNANDO, GASPAR.

FERN. Leon; qué es esto?
LEON. Que jugamos el albur.
Estás vencido.
FERN. Vencido?
y cómo?
LEON. Mia es la dama.
FERN. Qué pruebas tienes?
LEON. Me ama,
y hasta á mi cuarto ha venido.
El padre aqui la encontró
y se ha armado un zipizape!
FERN. Es posible!
GASPAR. (No hay escape!
pobre amo mio! cayó.)
FERN. Pues yo no cedo.
LEON. Eso quiero:
donde no hay lucha no hay gloria;
mas si alcanzo la victoria...
FERN. Tu amistad es lo primero.
LEON. Dices bien: la amistad viva.
FERN. Ahí va mi mano en fianza.
LEON. Así me gusta. (Se dan las manos.)
FERN. Alianza
ofensiva y defensiva.
PEDRO. La mesa espera.
LEON. Verás
si soy á tu afecto ingrato.

—Se legaliza el contrato?

FERN. Si, si!—Dos botellas mas.

(Se van por la derecha dándose el brazo y seguidos de Pedro.)

GASPAR. La alegria les retoza
solo por una mujer!...
—Qué bobos!—Tendrá que ver
que me lleve yo la moza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Ana, amueblada con lujo. Puerta al fondo y á ambos lados del teatro: la primera dá paso al interior de la casa: la de la izquierda á las habitaciones de Ana, y la opuesta es la que dá salida á la calle. Al levantarse el telon, estará Blas en mangas de camisa y con unos zorros en la mano, quitando el polvo á los muebles. Tiene la casaca sobre una silla.

ESCENA PRIMERA.

BLAS; luego CLARA por la derecha en traje de calle.

BLAS. Uf! cuánto polvo! dá grima!
—Está visto! estos criados
son enemigos pagados,
y si el amo no está encima...
(Mirándose á un gran espejo.)
Vaya un amo!—La verdad
es, y malhaya si miento,
que vivo en este momento
que me dan de libertad.
Breve fin me pronostico
si dura mucho este engaño.
Está visto: no me amaño
ni me conviene ser rico.
Jurára que en la escalera

se oyen pasos.—Es Clarilla.
CLARA. Si, señor. (Saliendo.)
BLAS. Y con mantilla!
CLARA. Como que vengo de fuera.
BLAS. Niña, usted se me propasa.
CLARA. Vá usted á reñir?
BLAS. Preciso.
Sepamos con qué permiso
ha salido usted de casa.
CLARA. Eso tambien?
BLAS. Ya verás:
no sabes que yo aquí mando?
CLARA. Es que fuí de contrabando
para engañar á don Blas.
BLAS. Eso, bien.
CLARA. Hoy ver espero
el fin de estas mogigangas.
—Pero Blas!
BLAS. Qué ocurre?
CLARA. En mangas
de camisa un caballero!
BLAS. Y qué?
CLARA. Mayordomo al fin!
BLAS. Es que esa chupa me tronza,
la casaca me desgonza
y me estorba el espadin.
CLARA. Pero no ves que así manchas
tu ilustre y noble apellido?
BLAS. Qué quieres, si yo he nacido
para vivir á mis anchas?
CLARA. Quite allá!
BLAS. Necio es quien piensa
que se cambia el natural.
Yo, Clarilla, bien ó mal,
me apaño con mi despensa.
CLARA. Ya lo entiendes, perro viejo!
BLAS. Mira si soy mayordomo:
no me sabe lo que como
desde que no lo manejo.
Y no es porque tengo el vicio
de hacer á mis amos roncha,
mas soy animal de concha,

y mi concha es nuestro oficio.
Yo soy mayordomo, pero
como mi genio es un rayo,
soy camarero, y lacayo...
y por poco soy cochero.
No es mi culpa; es que me humilla
que me sirvan, y al revés,
salto y se me van los piés
cuando oigo una campanilla:
y por mas que vivo alerta
con mi nueva posicion,
en oyendo el aldabon
me tienes junto á la puerta.
Traigo aquí tal embolismo;
de tal modo haciendo el amo
me desconozco, que llamo,
y me respondo yo mismo.

CLARA. Alma ruin!

BLAS. Esta brega
menos mal sobrellevára
si á lo menos me quedára
el uso de la bodega.
—Soy barba aquí, ó soy comparsa?

CLARA. Mas si te dejan beber
pudiera bien suceder
que nos aguáras la farsa.

BLAS. Yo?

CLARA. Y á jurar no me atrevo
que en tu razon y sin vino
no hagas algun desatino.

BLAS. (No, pues lo que es hoy, lo bebo.)

CLARA. Hoy quedas libre.

BLAS. Ya es hora.

CLARA. Pero por Dios! ponte ya
la casaca.

BLAS. Pues?...

CLARA. Está
levantada la señora.

BLAS. Si? (Corriendo á coger la casaca.)

CLARA. Jurára que he sentido
sus pasos.—Lo ves? ya sale.
(Blas se pone apresuradamente la casaca.)

BLAS. Vuelta al potro!—Más que vale
me cuesta ya este marido.

ESCENA II.

DICHOS y ANA por la izquierda.

ANA. Ha venido Pedro?
CLARA. Aun no;
pero no debe tardar.
ANA. Viste á Leon?
CLARA. Y le dí
el recado de pé á pá.
ANA. Y qué hizo?
CLARA. Me dió un abrazo.
ANA. Bien lo pudiera excusar.
CLARA. Fué en comision para usted.
BLAS. Hola! atrevido galan!
pues si me entero...
CLARA. Y le dije...
cuando acabó de abrazar:
«El padre de la señora,
que es el mismo Barrabás...»
BLAS. Insolente!
CLARA. Se ha empeñado
en que la quiere casar.
Tiene en Madrid cierto primo...
ANA. Bien, bien; pero lo esencial..
CLARA. Lo esencial es que se puso
mas negro que el alquitran,
y sobre aquellos bigotes
cayó un lagrimon, que ya!
ANA. ¡Ay, Clara! (Abrazándola.)
CLARA. Asi me abrazó
el otro.
ANA. Lo mismo? (Sonriendo.)
CLARA. Igual.
—Pues señor: «Nada! el remedio,
—le dije: no hay que llorar.
Hoy puede usted verla en casa,
pero á favor de un disfraz.»
ANA. Sigue.
CLARA. «El viejo me ha mandado

que le busque á un sastre, á un tal
Palomeque, de quien dicen
que es hombre de habilidad.
Tome usted su nombre: el padre
no vé mucho...»

BLAS. Ya verá.

CLARA. Y conoce á Palomeque
lo mismo que al Preste Juan.

ANA. Á medida que se acerca
el instante, crece mas
mi zozobra.

CLARA. Por qué causa?

ANA. Porque este amoroso afan
vá creciendo cada dia
y ya he perdido la paz.
Desde que me galantea
mi primo, dos meses van
pasados: dos meses, Clara,
de angustia y perplejidad.

BLAS. Hay mas que decir, envido!
que de seguro querrá?

ANA. Lo crees?

BLAS. Como de cualquiera
que se hallára en su lugar!

CLARA. Cree usted que por ventura
don Leon fuera capaz...

ANA. Ha tenido de mi padre
agravios que lamentar,
y al decirle, soy la hija
de don Martin Carvajal...
Por esta razon, primero
he querido conquistar
su amor.

CLARA. Y lo ha conseguido.
Me rio yo de un volcan.

ANA. El amor es verdadero
cuando se quiere, á pesar
de los defectos; y el trato
nuestro es tan superficial...
Él no conoce los mios.

BLAS. No? pues los conocerá.
Yo se los diré, valido

del derecho paternal.

ANA. No es mala idea.

BLAS. De veras?

ANA. No me desagradará.

BLAS. Yo los conozco al dedillo.

ANA. Mas supongo que te irás
con tiento: yo tendré muchos,
y me conozco tan mal!
—¿Llevaste á la vicaria
la dispensacion?

BLAS. Ya está
todo corriente: nos falta
el contrato nada mas.

ANA. No oyes pasos?

CLARA. Si, señora.

(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha, por la que aparece un momento despues Pedro.)

Es Pedro.

ESCENA III

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. Se puede entrar?

ANA. Adelante, amigo mio.
Y don Leon, cómo está?

PEDRO. Que cómo está? satisfecho
como un padre provincial.
—Gracias á usted, que si no...
(Ya estaba en el palomar.)

ANA. Cuántas privaciones, cuántos
dolores sufrido habrá
mientras que yo... No podré
perdonármelo jamás!
Pero la culpa no es mia:
la educacion que nos dan
es causa de que ignoremos
que hay males que remediar.
Recuerdo que siendo niña,
dije á mi padre: «¿Es verdad
que hay pobres que se alimentan
con dos comidas no mas?»

PEDRO. ¡Vea usted!
ANA. En cuanto á mi primo
tú harás con sagacidad
que nada le falte: quiero
que gaste.
CLARA. Vaya un afan!
ANA. No ves que el pobre ha vivido
en tanta necesidad,
necesidad que es mas triste
en un hombre principal!
PEDRO. Nuestro objeto se ha logrado
sin herir su dignidad.
ANA. ¿Cómo?
PEDRO. Le he inventado un cuento
ingenioso, por el cual
tengo toda la confianza
del bueno del capitan.
Y él, que no hubiera tocado
de mi peculio un real,
hoy le acaricia y tantea,
y empieza á profundizar.
ANA. Bien, muy bien!
PEDRO. Trescientos pesos,
poco menos, poco mas,
le llevo dados de aquella
consabida cantidad.
ANA. Pues, los mismos que ha gastado
en obsequiarme!
PEDRO. Tendrá
que ver que la arruine á usted
queriéndola festejar.
ANA. Ni eso me importára mucho,
ni es tan pobre mi caudal
que se resienta por...
BLAS. Vaya!
ANA. Señor padre lo dirá.
BLAS. Es cierto: gracias á Dios
no nos falta.
ANA. Es la verdad.
BLAS. Somos ricos, y yo un hombre
de una esplendidez real.
—Dígale usted á ese alma

pequeña, que gaste mas.
Hágale usted que derroche.

PEDRO. No hay cuidado: ya lo hará.

BLAS. Que tenga bromas, y cenas,
y mozas...

ANA. Qué dices, Blas?

BLAS. No?—Que suprima el artículo..,
pero ese es el principal.

PEDRO. Ah! tengo una confidencia
que hacerles, muy singular,
para que esten prevenidos.
—Don Leon tiene un rival.

ANA. Ya sé: don Fernando.

PEDRO. Justo!

ANA. Si no me puedo asomar
á reja ó balcon, que siempre
le encuentro frente al zaguan!

PEDRO. Este oyó cuanto se dijo
del sastre: como que está
pared en medio.

ANA. Y qué intenta?

PEDRO. Tambien quiere sastrear.

BLAS. Que venga! si para el otro
soy padre de carnaval,
para ese farsante...

CLARA. Chito!
(Corriendo hácia la puerta de la derecha.)

ANA. Qué es?

CLARA. Don Leon y Gaspar!

ANA. Tan pronto?

BLAS. Llévate á Pedro!
que salga por el corral.
(Clara y Pedro se van por el fondo: inmediatamente salen por la derecha D. Leon y Gaspar. Despues vuelve á salir Clara.)

ESCENA IV.

ANA, BLAS, D. LEON y GASPAR, luego CLARA.

LEON. Dá usted permiso?

BLAS. Adelante.

—Es usted el sastre?
LEON. Soy
su humilde siervo.
BLAS. Me voy? (Ap. á Ana.)
ANA. No, hombre, no! espera un instante.
BLAS. Quién es ese? (Á Leon, señalando á Gaspar.)
LEON. Un menestral
de casa, por quien respondo.
—Saluda, bruto!—Es Redondo:
Juan Redondo mi oficial.
BLAS. Me han dicho que es usted hombre
de habilidad.
LEON. Decir puedo
por lo menos, que en Toledo
no hay otro de mejor nombre.
BLAS. Tendrá usted, ó es el mas bobo
de cuantos manejan plancha,
conciencia apacible y ancha.
LEON. Soy una excepcion; soy probo.
BLAS. No me dan muy buen indicio
ideas tan melindrosas.
LEON. Por qué?
BLAS. Porque hay ciertas cosas
que nacen con el oficio.
LEON. Yo condenarme por vara
mas ó menos?
BLAS. En la duda,
de mas.
LEON. La verdad desnuda!
BLAS. Siendo sastre, es cosa rara!
Mas con toda esa bondad,
echará mejor sus redes;
si, amiguito, porque ustedes
visten hasta á la verdad.
—En fin: yo tengo pensado
soltar nuevamente el peso
de la viudez, y por eso
quiero dar á mi hija estado:
y para entrar en la córte,
donde hace tanto el vestido,
y presentarla al marido
cual corresponde á mi porte,

quisiera, ya que en Granada
quedaron los equipajes,
encomendarle unos trajes
para el ama y la criada.
Y asi, usted debe...

LEON. Ya sé:
vestirlas.

BLAS. Ya estan vestidas.
—Debe tomar sus medidas.

LEON. Vaya si las tomaré.
(Con intencion mirando á Ana.)

BLAS. Y usted, sastre de importancia,
tendrá telas.

LEON. Uf!

BLAS. De toda
satisfaccion.

LEON. Oh!

BLAS. De moda.

GASPAR. (Pobre amo mio!)

LEON. De Francia!

BLAS. Yo exijo en estas materias
mucho.

LEON. Tambien soy yo así.

BLAS. Y no importa el precio: á mí
no me gustan las miserias.
—Es de familia.—Disponte (Á Ana.)
para que el señor te mida.
—Mi largueza es conocida:
al fin, Ricobracamonte.
Somos oriundos de Flandes.

ANA. (Ay, qué Blas!) (Ap. á Clara.)

LEON. Grande apellido!

BLAS. Eso si! todos han sido
en mi familia muy grandes.
—Vuelvo.—Con que usted traerá
las telas?

LEON. (Ábrete, abismo!)
Traeré muestras; no es lo mismo?

BLAS. Muestras! quite usted allá!

LEON. (Me pone en terrible empeño.)

BLAS. Asi no se forma idea
exacta.

LEON. Usted lo desea...
BLAS. No quiero nada en pequeño.
Adios. (Váse por el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS menos BLAS.

LEON. Llegó al fin la hora
en que mis quejas te diga,
hermosísima enemiga
y sirena encantadora!
No me bastaba perderte,
y has querido en tu inclemencia
que venga á oir la sentencia
que me ha condenado á muerte!
Tú de otro, Cecilia mia?
dilo.
ANA. No, si tú me quieres.
No soy yo de las mujeres
que se truecan en un dia.
LEON. Mas dirás que la crueldad
de tu padre te ha obligado...
ANA. No, señor desconfiado!
para qué es la voluntad?
LEON. Tiene poder.
ANA. Mas soy yo
señora de mi albedrio.
Poco vale el poderio
que se vence con un no.
LEON. Cecilia! (Con pasion.)
CLARA. Chit! las medidas!
que está el amo en la otra pieza.
(Leon saca una tira de papel como las que usaban los sastres para medir, y finge hacerlo mientras habla con Ana.)
LEON. Estaban en tu belleza
mis potencias embebidas.
Á comprometerte voy
con mis celos.
CLARA. Pues por eso
digo, á las medidas!
LOON. Preso

en tus encantos estoy.
Preso en esa linda boca
que fidelidad me augura;
en tu cuello, en tu cintura...
(Siguen hablando.)

CLARA. Eh! y á mí cuándo me toca?

GASPAR. Entra usted en tanda?

CLARA. Si.

GASPAR. Yo tambien soy de este embrollo,
y esas medidas, pimpollo,
me deben tocar á mí.
—(Sospecho que se propasa
el amo.) (Viéndole que coge la mano á Ana.)

CLARA. Empiece usted ya.

GASPAR. Usted primero querrá
los trapitos para casa.

CLARA. No, señor! los de la calle.

GASPAR. Hola, hola! bribonzuela!
—Eh? (Examinando la cintura.)

CLARA. Qué es eso?

GASPAR. Poca tela
voy á gastar en el talle.

CLARA. Ande usted deprisa, hermano.

GASPAR. Déjeme usted contemplar...
—Qué! si se puede abarcar
con los dedos de esta mano!
(Cogiéndola por la cintura.)

CLARA. Quieto, ó le doy.

GASPAR. Es un vicio
que he tomado.—Doce... trece...
cincuenta... diez...

CLARA. Me parece...

GASPAR. Qué?

CLARA. Que usted no es del oficio.

GASPAR. Examinado y con premio!
—No me diga usted ni en broma
tal cosa!—Ahí está el diploma.
(Dándola un billete.)

CLARA. Qué?

GASPAR. La licencia del gremio.
Lea, y vuélvame el honor,
lo que dice ese papel.

CLARA. Qué es?
GASPAR. Quédese usté con él
y se enterará mejor.
ANA. No, no, Leon!
LEON. De otro modo
me pierdes.
ANA. Eso no puedo.
(Aparece Blas á la puerta del fondo.)
CLARA. El padre viene!
GASPAR. No hay miedo!
—Levante usted ese codo!
(Alzando la voz como para dar la alarma á Leon: este, sin embargo, no le oye. Blas se adelanta hasta colocarse entre los dos.)

ESCENA VI.

DICHOS y BLAS, examinando unos papeles.

BLAS. Hola, maestro!
LEON. (Nos vió!)
BLAS. Eh? (Se han quedado de nieve.)
ANA. (No es bueno que me ha asustado?)
BLAS. Con que estamos ya corrientes?
ANA. Á qué has venido tan pronto? (Ap. á Blas.)
LEON. Ya está.
ANA. Lo habrás hecho adrede!
LEON. (Nada ha visto.)
BLAS. Estaba usted
muy contenta! (Ap. á Ana.)
ANA. Asi parece.
BLAS. Dáme albricias. (Alzando la voz.)
ANA. Pues qué pasa?
BLAS. Han venido los papeles:
los de la boda.
ANA. Y por eso?...
BLAS. El contrato está corriente.
Solo faltan ya los nombres.
ANA. Pues cómo?...
BLAS. El amanuense
del notario, que no sé
por qué no come en pesebre,

no ha entendido mis apuntes:
pero no es inconveniente.

ANA. ¿Y estan los nombres en blanco?

BLAS. Y gracias: el mal no es ese;
pero si llega á poner
(Dejando los papeles sobre una mesa.)
Bonifacio por Silvestre,
adios, y cada correo
que en este asunto se pierde...

LEON. Doy á usted mi enhorabuena.

BLAS. Enhorabuena; bien puede,
porque el novio es un buen mozo,
sin mejorar lo presente.

LEON. Es una dicha.

BLAS. Y tan grande!
—Quiero que usted la celebre,
porque hemos simpatizado.
Echaremos un chiquete
de un vinillo de Canarias,
que está diciendo, bebedme!

ANA. Pero Blas... (Ap. á Blas.)

LEON. Con mucho gusto.

BLAS. Verá usted... (Ap. los dos.)

ANA. Si eso no tiene
sentido comun.

BLAS. Las llaves
(En voz alta y con imperio.)
de la bodega... ¡y en breve!
(Ana se las dá á Clara jurándoselas á Blas á escondidas de Leon y Gaspar. El primero se pone á escribir.)

ANA. Toma. (Dándoselas á Clara.)

LEON. En tanto, escribiré
una carta para el jefe...

BLAS. Cómo jefe?

LEON. El principal
que tengo en mis almacenes.
Valor de seis mil ducados
le pido.

BLAS. Bien!

GASPAR. (Que te pierdes!)

LEON. Entrega á Pedro esa carta. (Ap. á Gaspar.)

GASPAR. Pero ..

LEON. Y dile que me espere
con el dinero.

BLAS. Y de paso, (*Á Clara.*)
le das un trago al apéndice;
digo, al oficial.—Supongo
que lo gastará.
(*Gesto de asentimiento de Gaspar.*)

CLARA. Se entiende!
(*Vánse Gaspar y Clara: esta vuelve cuando lo indica el diálogo, con botella y copas.*)

ESCENA VII.

ANA, LEON, BLAS: luego, CLARA.

BLAS. Pues como le iba diciendo,
quiero volver nuevamente
á casarme.

LEON. Bueno!

BLAS. Y eso
que llevo ya tres mujeres.
—He tenido unas pasiones! (*Ana le pellizca.*)
—(Uf!)—He sido muy alegre!
con un fortunon!...—(Caramba!
estos ya son alfileres!)

CLARA. Aqui está.

BLAS. Vaya, amiguito!
—Pues al punto que la entregue
á su marido...

LEON. Feliz
quien tanta gloria merece.

BLAS. Por qué?

LEON. Porque es un dechado...

BLAS. De qué?—No sea usted imbécil.

LEON. Me he engañado por ventura?

BLAS. Hombre! señor Palomeque!
—Usted juzga por la cara!
No es fea ni gasta afeites,
eso es cierto; y cuando está
de veinte y cinco alfileres!...
—Pero son engañabobos.

ANA. (Blas!)
BLAS. Hay hombres mas valientes!
en dándoles buen palmito
tomarán lo que les dieren.
ANA. (Blas! Blas!)
BLAS. Prescinden del genio,
sin reflexionar que tienen
por cada cara de pascua
cuarenta caras de viernes.
LEON. Pues el genio de esta hermosa
señora, parece alegre.
BLAS. De todo tiene la viña:
el pobre que se la lleve!...
LEON. De veras?
BLAS. Usted no ha visto
carácter mas insurgente.
ANA. (Con moderacion!)
LEON. *In vino*
veritas!—Usted comprende? (Á Ana.)
BLAS. Es golosa y remilgada;
en dándola perendengues
está en sus glorias.
LEON. Preciso:
cosas que la edad requiere.
BLAS. Aficionada á tertulias
y amiga de zarambeques.
ANA. (Bien! ya basta.)
BLAS. Y no la amarga
que la mimen y requiebren.
LEON. Hola! hola!
ANA. Eso no es verdad!
BLAS. Qué has dicho? cómo se entiende?
Noramala para ella!
—Le parece á usted decente (Á Leon.)
con el autor de sus dias ..
LEON. Suplico á usted que se temple.
BLAS. Respondona la tenemos?
yo te bajaré el copete.
—Besa la mano á tu padre.
ANA. Yo?...
BLAS. Me ha gustado la especie!
ANA. Me la pagarás. (Ap. á Blas)

BLAS. Qué gruñes?
(Ana hace como que le besa la mano, y le pellizca.)
Ajá! bien! así te quiere
tu padre.—La verdad es
que si yo fuera mas débil!... (Rascándose.)
LEON. Con licencia de usted, voy
á escoger...
BLAS. Con sèis ó siete
cortes de brocado, basta:
el resto es indiferente.
LEON. Será usted servido. (Váse.)
BLAS. Adios,
maestro.

ESCENA VIII.

ANA y BLAS.

ANA. Qué cruel eres!
BLAS. Por qué?
ANA. Obligarle á gastar...
BLAS. Qué importa si no le duele?
ANA. Quién sabe! él es delicado.
BLAS. Y en fin, no me haga usted dengues,
que pronto será la boda
y querrá usted componerse.
ANA. No digo que no.
BLAS. Y lucir
esas galas.
ANA. Cierto! á trueque
de agradarle... Pero sabes,
papá mio, entre paréntesis,
que me has tratado muy mal?
conque yo soy tan agreste!
BLAS. Yo no acostumbro mentir.
Verdad que he estado indulgente.
ANA. Qué! tantos son mis defectos!
BLAS. Uf!
(Clara sale corriendo por la derecha.)
CLARA. El otro Palomeque!
ANA. Me voy adentro.
BLAS. Y qué hacemos!...

ANA. No quiero que aqui me encuentre.
(Váse por el fondo.)

ESCENA IX

BLAS, D. FERNANDO y CLARA, que se irá despues por el fondo.

FERN. ¿Dá licencia?
CLARA. Á usted le toca
despachar á ese embustero. (Váse.)
FERN. Caballero!...
BLAS. Caballero!..
FERN. Pienso que usted se equivoca.
BLAS. Puedo saber con quién hablo?
FERN. No quiero ser jactancioso.
—Soy Palomeque el famoso.
BLAS. Hombre! mire usted qué diablo!
—Palomeque!
FERN. Y lo repito.
—Qué le admira?
BLAS. Usted tambien!
Vaya una gracia!—Por quién
me ha tomado usted, mocito?
FERN. Pues qué! duda usted de mí?
ó piensa que...
BLAS. No hay penseque,
sino que ese Palomeque
ha salido ahora de aquí.
FERN. Acaso algun impostor
que usurpa mi fama y nombre...
BLAS. No.
FERN. Algun pelele.
BLAS. No, hombre!
FERN. Algun pobre...
BLAS. No, señor!
de los mas encopetados;
un sastre de cuatro suelas.
Nos vá á mandar unas telas
que valen seis mil ducados.
—Compita usted! á que no?
FERN. Seis mil ducados!

BLAS. Redondos.
FERN. No tengo yo tantos fondos.
BLAS. Ya lo sospechaba yo.
FERN. Mire usted, señor don...
BLAS. Blas.
FERN. Señor don Blas; yo no soy
Palomeque.
BLAS. En eso estoy.
FERN. Pero valgo mucho mas.
—Elija usté entre los dos.
—Que tiene fondos! qué importa,
si yo sé bien lo que él corta
y hará... lo que sabe Dios.
BLAS. Si la ropa una vez hecha
á su fama no responde...
FERN. Pero si no sabe dónde
tiene su mano derecha!
BLAS. Si no lo hace bien, no cobra:
él se engaña; él es el tonto.
FERN. Norabuena! á bien que pronto
verá usted la mano de obra.

ESCENA X.

DICHOS, y GASPAR con un gran fardo acuestas, que dejará sobre alguna mesa.

GASPAR. Deo gratias.
BLAS. Eh? qué le dije
á usted? ahí estan las telas.
GASPAR. (El capitan!)
BLAS. Este es
un oficial de su tienda.
FERN. Ya nos conocemos.
BLAS. Diga (Á Gaspar.)
si es hidalga competencia
venir á usurpar el nombre...
GASPAR. Cómo! ahora andamos en esas?
BLAS. Qué indignidad!
GASPAR. Ba! lo extraño
en usté, señor Pampliega!
BLAS. Le conoces?

GASPAR. Si, señor!
y que no es larga la fecha!
BLAS. Y es del oficio?
GASPAR. Tambien:
no tiene mala tijera;
mas donde está Palomeque
no hay quien levante cabeza.
FERN. Pero se hace pagar bien
sus puntadas.
GASPAR. De manera,
que de eso vive, y lo que
mucho vale, mucho cuesta.
BLAS. Yo soy todo un caballero:
á mí, que me den la prenda
bien acabada...
GASPAR. Pues eso
no lo dude: irá bien hecha.
—En otras manos, supongo
(Dirigiéndose á D. Fernando.)
en las de usté, no dijera...
BLAS. Por todo lo que voy viendo,
usted es, ó le anda cerca,
un chapucero.
GASPAR. No tanto:
yo soy hombre de conciencia.
Si le habla usté de una chupa,
lo entiende como cualquiera;
pero en el renglon de faldas
no sabe lo que se pesca.
FERN. (Bribon!) (Ap. á Gaspar.)
BLAS. Á ver lo que trae?
(Examinando el fardo.)
Cáspita! cuánta riqueza!
qué buen gusto!
FERN. (Mas de dónde
saca Leon?...)
BLAS. Oro! seda!
GASPAR. Mire usted... lo que es la envidia!
qué cara ha puesto mas fea! (Ap. á Blas.)
BLAS. Clara! muchacha!
CLARA. (Dentro.) Señor! (Sale.)
BLAS. Ven.—Á ver cómo te llevas

adentro esas tentaciones
para que mi hija las vea.
(Váse Clara llevándose las telas.)
—Y usted, señor de Pamplina
ó como se llama: vuelva
por acá...

FERN. Doy á usted gracias. (Amoscado.)

BLAS. Y veré qué tal remienda.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

D. FERNANDO y GASPAR.

FERN. Gaspar?

GASPAR. Señor capitan?

FERN. Qué es esto?

GASPAR. Usté no lo acierta?
ni yo tampoco.

FERN. Leon
ha perdido la cabeza.

GASPAR. No diré que no.

FERN. Arriesgar
su honra de esta manera!

GASPAR. Es verdad.

FERN. Quien como yo
conoce bien su pobreza
y es su amigo, hará muy mal
si arruinarse le deja.

GASPAR. Ya sé yo de dónde salen
las misas; pero por fuerza
hay aqui un misterio... Pedro
es el que dá la moneda.

FERN. Pero eso es inverosímil!

GASPAR. Eso digo yo, y cualquiera;
pero es la verdad, y el amo
si no se casa se entierra.
Tres mil pesos y algo mas
le ha dado.

FERN. No pensé que era
tan rico Pedro.

GASPAR. Dan mucho

las liebres de poca oreja!

ESCENA XII.

DICHOS y CLARA.

CLARA. Y el maestro? (Á Gaspar.)
GASPAR. Pronto llega.
CLARA. Que venga.
GASPAR. Hace falta ahora?
CLARA. Sí: le llama la señora.
GASPAR. Viene usted, señor Pampliega?
No me oye usted?
CLARA. Por las trazas
este es el rival. (Ap. á Gaspar.)
FERN. Me quedo.
GASPAR. Qué vá usted á hacer?
FERN. (No puedo
digerir mis calabazas.)
CLARA. Qué quiere usted?
FERN. Quiero hablarte.
GASPAR. (Que me ahorquen si me fio...)
CLARA. Quién es usted, señor mio?
GASPAR. Este señor es del arte.
Sabiendo la preferencia
que nos dan para estas bodas,
el señor, que entra por todas,
nos quiere hacer competencia.
Como el ama se le escapa,
querrá encubrir su desastre
vistiéndola á usted.
CLARA. Ya! es sastre.
GASPAR Con muchísima solapa...
Pero aun así llega mal,
y bueno será que entienda
que las prendas de esa prenda
las vá á hacer este oficial.
—Miento?
CLARA. Vaya usted tranquilo.
GASPAR. De veras?
CLARA. Tenga usted calma.
GASPAR. Mire usted que llevo el alma

que vá colgando de un hilo.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

D. FERNANDO y CLARA.

CLARA. Qué manda usted?
FERN. Ven acá:
toma. (Alargándola un bolsillo.)
CLARA. Qué es eso?
FERN. Dinero.
CLARA. Perdone usted, caballero:
estoy sobornada ya.
FERN. Sabes que hay leyes? (Con gravedad.)
CLARA. Y alcalde.
FERN. Dirás la verdad?
CLARA. Quién trata
de ocultarla? y muy barata:
ya lo ha visto usted; de balde.
FERN. Qué te ha dado don Leon.
por servirle?
CLARA. Qué me ha dado?
un tufillo de hombre honrado
que me llegó al corazon.
FERN. Eso yo lo certifico.
Pero acaso tu ama ignora
su pobreza.
CLARA. Y mi señora,
para qué le quiere rico?
Que es pobre... tanto mejor.
Qué ha pensado usted, hermano?
que aqui dabamos la mano
sin gana al mejor postor?
FERN. Solo sé que no me agrada
ser impasible testigo
de su desgracia, y mi amigo
no tiene mas que su espada.
Miento, que tiene tambien
su honor de soldado, ileso,
y en esos amores preso
puede perderlo; y por quién?

aun lo ignoro.
CLARA. Usted se olvida
de si. (Con seriedad.)
FERN. Dirás á tu ama
que ese amor en que le inflama
puede costarle la vida.

ESCENA XIV.

DICHOS y ANA por el fondo.

ANA. Caballero!
FERN. No creí
que usted...
ANA. Tengo honrado nombre,
y la vida de ese hombre
es sagrada para mí.
FERN. Basta! ese altivo ademan,
y esa tranquila mirada,
perdone usted, mas que nada
mi exceso culpando estan.
En fin, rindo la cerviz
al dichoso propietario...
CLARA. Le pesa á usted?
FERN. Al contrario,
pues que vá á ser tan feliz.
Y para que usted lo crea,
á ayudarle me acomodo.
ANA. Bien! es noble, como todo
lo que á mi esposo rodea!
(Corriendo al encuentro de Leon, que aparece con Gaspar á la puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, LEON y GASPAR.

ANA. Ven, Leon!
GASPAR. (Aun está aquí
este peje? muerto soy.)
LEON. Qué es eso?
ANA. Orgullosa estoy

de mi cariño y de tí.

LEON. Fernando!

FERN. Aqui mi presencia
no es de rival.

ANA. No, á fé mia!

FERN. De amigo: desde este dia
cesó nuestra competencia.

ANA. Todos te quieren.

FERN. Dichoso
puedes llamarte mil veces,
tú que la gloria mereces
de ser de tal dama esposo.

LEON. Me estimas, Fernando?

FERN. Mucho.

LEON. Pues mira, no me la alabes,
que me das celos.

ANA. No sabes
el placer con que te escucho!

ARA. Mas lo que se haya de hacer
sea al instante. (*Habla aparte con Ana.*)

GASPAR. Eso aconsejo,
no venga y nos diga el viejo
si hemos puesto aqui el taller.

LEON. Escucha lo que he pensado.
(*Ap. á Fernando.*)

ANA. Lo digo todo? en tal punto... (*Ap. las dos.*)

CLARA. Deja que marche el asunto
como estaba concertado.

ANA. Qué temes?

CLARA. Yo, la verdad,
no lo haria: él es violento,
y hay que dar á ese momento
algo de solemnidad.
De escoger bien la ocasion
pende que adelante salga
el proyecto.

ANA. Dios me valga,
que él conoce mi intencion!

LEON. Lo harás?

FERN. Á servirte voy;
mas recurrir á ese extremo!...

LEON. Si temes...

FERN. Yo nada temo:
adios! en la calle estoy.

ESCENA XVI.

DICHOS, menos D. FERNANDO.

LEON. Gaspar: hallarás un coche
(Colocándose entre los dos criados y hablándole aparte.)
esperando en esa calle:
haz que esté pronto.—Tú, Clara,
dispondrás para el viaje
lo mas preciso.—Silencio!
ni una palabra! dejadme.
(Gaspar se vá por la derecha. Clara se queda perpleja y como esperando las órdenes de Ana.)
ANA. Leon! qué es eso?
LEON. Ha llegado
el momento improrogable.
La fuga es ya mi esperanza:
noble y honrado es tu amante.
ANA. Oh! ya lo sé: y no es posible
que quisieras engañarme.
No te hubiera consagrado
sin la fé que me inspiraste,
este cariño, que es hijo
de tus nobles cualidades.
(Hace una seña á Clara para que se acerque.)
Clara!
CLARA. Qué hacemos?
ANA. Avisa
á Blas, que quiere robarme! (Váse Clara.)
LEON. Adónde iremos, Cecilia?
ANA. Adonde tú me lleváres.
LEON. Esa fé tranquila, aumenta
mi obligacion, que es ya grande;
y te juro por mi nombre...
ANA. Á qué jurar si es en balde?
si yo te creo y me basta
que tu nobleza me ampare!
LEON. Cecilia! mi bien! seria

el hombre mas miserable
si no cayera á tus plantas
diciéndote: «eres un ángel.»

ESCENA XVII.

ICHOS y BLAS, que ha salido un momento antes por el fondo, y sorprende á Leon arrodillado.

LEON. ¡Ah! (Viendo á Blas.)
BLAS. Qué hacia usted ahí,
señor Palomeque? (Con severidad.)
LEON. (Diantre!) (Turbado.)
—Estaba rectificando...
BLAS. Qué?
LEON. Las medidas del talle.
BLAS. Y qué mas?
LEON. Segun las reglas
de proporcion, que dá el arte,
en la humana arquitectura,
la distancia mas probable
del omoplato á...
BLAS. Está usted
diciendo unos disparates!
LEON. Disparates?
BLAS. Si, señor!
y de los mas garrafales.
LEON. Y qué quiere usted decirme?
BLAS. Que no le dá á usted el naipe
para mentir.
LEON. Yo no puedo
consentir que se me ultraje!
BLAS. Se amosca usted? norabuena.
Pues yo estoy hecho un vinagre,
que se me ha acedado toda
mi parentela de Flandes. (Pausa.)
—Hablémonos de hombre á hombre,
ó mejor de sastre á sastre.
Usted no ha cogido nunca
las planchas ni los dedales.
LEON. (Qué dice?)
BLAS. Ni yo tampoco.

LEON. Ya!

BLAS. Pero sé lo bastante
para sentar las costuras
al mas pintado, y de balde.

ANA. Señor!

BLAS. No hay aqui las puse
con el hijo de mi madre.
(Me parece que le he hablado
con dignidad!) (*Ap. á Ana*)

LEON. (Duro trance!)
Pues bien; supuesto que ya
es inútil ocultarse,
valga la verdad: yo soy...

BLAS. Ya lo conozco: un amante
disfrazado.

LEON. Culpe usted
á su terrible carácter.

BLAS. No me dá muy buena espina
eso de usurpar el traje...

LEON. Sobre todo, esta señora
de ningun modo es culpable,
y pues que la falta es mia
es justo que yo la pague.

BLAS. Y cómo que ha de pagarla!
y cara!

LEON. Toda mi sangre...

BLAS. No es eso.

LEON. Mi vida entera...

BLAS. Nada! nada! No es bastante!
tan negra accion no se paga
con menos que con casarse.

LEON. Es posible!
(*Alegre, pero sorprendido. Ana le observa con ansiedad.*)

BLAS. Ó nos matamos
aqui mismo.

ANA. Eso no, padre.

BLAS. Qué?

ANA. Si es verdad que me quiere
el capitan lo bastante
para hacerme el sacrificio
de su libertad, que hable,

y toda mi vida, toda,
es poca para pagarle.
Pero no se dirá nunca
que por violencia ó por fraude
me dió su mano: eso es bueno
para mujeres vulgares.
Ó con mucho amor me ruega
ó no imagine alcanzarme,
que no casan de otro modo
las hembras de mi linaje.

LEON. Cómo has podido, bien mio,
temer, dudar un instante
de mi voluntad?

BLAS. Cuidado
con eso de requebrarse;
que estoy yo aqui, y á estas barbas
no falta al respeto nadie.

ANA. Hombre! Déjalo que diga! (Ap. á Blas.)

LEON. Usted debe perdonarme,
usted que ha sido...

BLAS. Es verdad:
he sido .. lo que Dios sabe!

ANA. Eres cruel! (Ap á Blas.)

BLAS. Ahora vamos
á ver cómo ha de tratarse
este asunto: ese contrato
está diciendo: «firmadme.»
Se pone el nombre de usted
en vez de Silvestre Otañez,
y dentro de una semana
hay bendiciones nupciales.

LEON. Un favor mas...

BLAS. Usted pida.
(El pobre á quien van á ahorcarle...)
(Ap. á Ana.)

LEON. Quiero hacer testigo á un hombre
de tantas felicidades,
y está á la puerta esperando
en qué paran mis afanes.

BLAS. Clara?

CLARA. Señor? ya lo he oido. (Saliendo.)
—El señor Pampliega?

(Á Leon: este hace un gesto afirmativo. Váse Clara.)

BLAS. Calle!
LEON. Amigos somos, y aún fuimos
en esta empresa rivales.
BLAS. Y yo sin saber palabra!
qué leccion para los padres
descuidados!—Y tenias
los pretendientes á pares!

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. FERNANDO y CLARA; luego GASPAR. Clara se vá por el fondo un momento despues.

LEON. Ven, Fernando, mi alegria
no tiene límites; dáme
tus parabienes.
FERN. Ya sé
la ventura que alcanzaste.
—Señora, por muchos años.
BLAS. Maestro Pampliega, este lance
se perdió.
FERN. Quien lo ha ganado
merece dicha tan grande.
GASPAR. (¿Qué pasa?)
(Asomándose á la puerta de la derecha.)
BLAS. Amigo Redondo!
GASPAR. Me vió!
BLAS. Venga acá el farsante.
—Con que usted me la ha pegado!
GASPAR. Yo, señor?
LEON. Todo se sabe.
GASPAR. Y no hay paliza?
LEON. Y nos casan.
GASPAR. Aqui dió fin el romance.

ESCENA XIX.

DICHOS, CLARA y despues el NOTARIO.

CLARA. Señor, por usted preguntan.
BLAS. No estoy en casa, qué diantre.

CLARA. Es el Notario.
BLAS. Á propósito!
Dile que pase adelante.
(Clara se dirige al fondo, á cuya puerta aparece inmediatamente el Notario.)
BLAS. Señor mio, la omision
que el documento contiene,
vea usted qué rareza! viene
de molde en esta ocasion.
—Siéntese.—Fortuna ha sido,
pues no hay que alterar el texto,
y digo fortuna, puesto
que cambiamos de marido.
(Lee.) «Contrato matrimonial...»
—Ve usted? el arreglo es obvio:
se pone el nombre del novio,
que es...
ANA. Don Leon Carvajal.
BLAS. Si usted quiere, puede ver,
sin que el rubor se alborote,
en qué consiste la dote
de su futura mujer.
LEON. Señor mio!...
BLAS. Nada, nada!
si usted se incomoda!...
GASPAR. (Ah, tonto!)
BLAS. Firma. (Á Ana.)
ANA. Firmo.
BLAS. Por el pronto
tienes marido de espada.
LEON. Si, y ella será su escudo.
—Nada iguala á mi contento,
Cecilia!
(Viendo que Ana ha firmado se dirige hácia la mesa, pero aquella le detiene.)
ANA. Espera un momento.
LEON. Qué! dudas?
ANA. Si, Leon! dudo!
LEON. De mí?
ANA. De tí.—No! me engaña
mi desconfianza injusta.
—La proximidad me asusta

de felicidad tamaña!
—Leon!

LEON. Qué zozobra es esa?

ANA. No te dije ya este dia
que alcanzarte no queria
por engaño ni sorpresa?
Pues bien: valga la verdad.
—No hubo en mi conducta dolo:
sí un artificio, que solo
justifica... mi orfandad.
(Leon mira con sorpresa á Blas, que se retira á distancia respetuosa.)
Óyeme, y haz lo que quieras:
todo hasta aqui lo he fingido
menos mi pasion, que ha sido,
sábelo Dios! muy de veras.
Cifré en tu apacible trato
mis esperanzas amantes.

LEON. Pero explica...

ANA. No! lee antes
de firmar, ese contrato.
Mira ese nombre, y si ves
que estoy bien justificada,
dirígeme una mirada
y me tienes á tus pies.
(Leon se dirige á la mesa, lee la firma que ha puesto Ana y se queda inmóvil y sombrio. D. Fernando vá hácia él.)

LEON. Dios mio!

FERN. Tiemblas, Leon!

LEON. No.—Dará usted testimonio (Al Notario.)
de que es este matrimonio
imposible.

FERN. Qué razon?...

LEON. No es la que me dá su mano
la hija de don Martin
Carvajal?

ANA. Si. (Trémula y casi desfallecida.)

LEON. Del Cain
que dió la muerte á su hermano?

ANA. Leon! ese hombre ya inerme
su falta en la tumba encierra.

(Con energia convulsiva.)
no disputes á la tierra
al que en santa paz ya duerme!
(Dulcificando su voz y su expresion.)
Oh! no, Leon! tú eres bueno
y noble! mi amor insulta
y la esperanza que oculta
aun se mantiene en mi seno;
mas respeta al que la muerte
con su inmunidad cobija,
si no porque soy su hija,
porque eres tú aqui el mas fuerte.

LEON. Este es un odio nutrido
quince años há...

ANA. Si: concedo
que tienes razon.

LEON. Si puedo,
daré su nombre al olvido.
Pero recoger la herencia
del crimen! no, prima mia!
dijérase que vendia
á buen precio mi indulgencia.

ANA. Permíteme que reclame...

LEON. Basta! la razon es clara.
Si yo tu mano aceptára
me tuviera por infame.

FERN. Yo no puedo ser testigo
de ese ultraje! aunque me pese
debo rechazar...

LEON. Es ese
el lenguaje de un amigo?

FERN. Es primero la verdad!
quien asi pone á sus pies
tanta fineza, no es
quien merece mi amistad.

ANA. Qué es eso?

LEON. Cierra esos labios!
ó vive Dios que en tu pecho...

ANA. Á nadie he dado el derecho
de hacer suyos mis agravios.

BLAS. Eso digo yo! hola, hola?

ANA. Silencio!—Quiere usted ver (Á D. Fernando.)

cómo basta una mujer
para defenderse sola?
—Tengo yo, señores mios,
en mi defensa una espada,
con la que no pueden nada
la arrogancia ni los brios.
Tengo la fé con que en vano
he mendigado el cariño
de aquel á quien dí de niño
el dulce nombre de hermano.
Él, de mi padre hasta el nombre,
ha deshonrado en su encono!
pues bien! yo se lo perdono:
yo valgo mas que ese hombre.
Y en lo que á mí me alcanzó
le doy solo por respuesta
que tengo el alma dispuesta
á olvidar que me ultrajó;
y que nunca, aunque ofendida,
de mi sangre degenero.
(Á D. Fernando, señalando á Leon.)
—Dígale usted, caballero,
que me devuelva esa herida.

LEON. Cese este innoble debate
que nos doshonra!—Adios, Ana!

ANA. Adios! (Cayendo sobre una silla y sollozando.)

LEON. Mañana? (Ap. á Fernando.)

FERN. Mañana.

LEON. (Permita Dios que me mate!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Otra sala de la casa de Ana: dos puertas al fondo y dando frente al público, de las cuales la de la izquierda comunica con el exterior de la casa y la otra con las habitaciones que ocupa Leon. Otras dos puertas á los lados del teatro: la de la derecha dá paso á las habitaciones de Ana y la opuesta al resto de la casa. Á la derecha habrá una chimenea encendida. Al levantarse el telon está Clara en la escena, y Ana sale de puntillas del aposento de Leon.

ESCENA PRIMERA.

ANA y CLARA.

CLARA. Duerme?
ANA. Duerme.
CLARA. Está mejor?
ANA. Sosegado tiene el pecho.
CLARA. Buen síntoma.
ANA. Hoy deja el lecho
por mandado del doctor.
CLARA. Eso es decir que ha cesado
todo riesgo.
ANA. Para él sí.
CLARA. Me alegro.
ANA. No para mí
que estoy de mayor cuidado.
CLARA. Cómo es eso?

ANA. Ay, Clara mia!
yo su salud anhelaba,
y sin embargo, temblaba
al acercarse este dia.
Porque temo en mi inquietud,
tanta sinrazon le debo!
que en él renazca de nuevo
el odio con la salud.

CLARA. Páguele usted con desdenes...
si tras de haberla insultado...

ANA. Qué?

CLARA. Le habrá usted perdonado!

ANA. Clara! qué preguntas tienes!

CLARA. No lo creí.

ANA. Pues qué piensas!

CLARA. Qué he de pensar? lo que es justo.

ANA. Parece que tienes gusto
en avivar mis ofensas!
Que las vengase querrias,
yo que de buena blasono?
Las de mi padre perdono;
pues qué he de hacer de las mias?

CLARA. Y creo que con placer.

ANA. Qué dirás si lo confieso?

CLARA. Y con amor.

ANA. Mucho hay de eso:
pero es mas fuerte el deber.

CLARA. Ya! (Con incredulidad.)

ANA. Mi padre le ofendió
y yo á aplacarle me obligo;
pero cómo se lo digo
si no le perdono yo?

CLARA. Y si él, ingrato se aferra
contra usted en su rigor?

ANA. No soy yo, Clara, es su honor
el que está dándole guerra.

CLARA. Aun tiene usted confianza,
cuando despreciada gime!
aun espera usted?

ANA. Pues dime;
cuándo muere la esperanza?
y quién renuncia al placer

de esa divina creencia,
si le dice su conciencia
que le merece tener?

CLARA. No digo que no: y si tanto
interés, ingrato olvida...

ANA. Bálsamo fué de su herida
mas que otro alguno mi llanto.
Dias y noches en vela
pasé con tenaz empeño,
de su delirio y su sueño
amorosa centinela.
No he disfrutado de calma
una hora, y mientras dormia,
ay, Clara! me dirigia
unos requiebros, al alma!
—Mas nada sabrá.

CLARA. Éso sí!
sea usted altiva.

ANA. Yo altiva!
lo que yo quiero es que viva
feliz, conmigo ó sin mí.
Mas si la verdad te digo,
—y bien merece mi amor
tal recompensa,—mejor
le quisiera ver conmigo.

CLARA. Mas cree usted por ventura
que él no ha visto...

ANA. En su aposento
no he entrado desde el momento
que cesó la calentura,
si no es en la conviccion
de que dormia.

CLARA. De suerte,
que tambien es cosa fuerte
ocultar su abnegacion.
Eso es morir sin defensa
y locura á mi juicio.

ANA. No es muy noble el sacrificio
que busca una recompensa.
—Si yo pudiera vivir
á su lado, sin que fuera
obstáculo que pudiera

su ventura interrumpir!
Si otro cariño apetece,
disfrútelo, por qué no:
si otra mujer más que yo
le enamora ó le merece?

CLARA. Calle usted! vaya una idea!

ANA. Si por quererme no acaba,
seré su hermana, su esclava,
mas déjame que lo vea.

CLARA. Eso es imposible.

ANA. Mira:
lo he de intentar.

CLARA. De qué modo?

ANA. Ya sé que lo arriesgo todo:
pero no! el cielo me inspira.

CLARA. Qué es?

ANA. Ya verás: tengo varias
ideas: un parasismo... (Reflexionando.)
un...—Pero mañana mismo
salimos para Canarias.

CLARA. Con él?

ANA. Esa es la victoria
que hay que conseguir.

CLARA. Convengo.

ANA. Su mayor pena es que tengo
de aquel agravio memoria.

CLARA. Y es natural.

ANA. Pues verás
cómo no teme por mí...
—Pero no han de entrar aquí
mas personas que tú y Blas.

(Se oye ruido hácia la puerta izquierda del fondo, y un instante despues sale por ella Blas procurando detener á Gaspar.)

ESCENA II.

DICHAS, BLAS y GASPAR.

CLARA. Chist! espérese usted... (Dirigiéndose al fondo.)

ANA. Qué
significa ese rumor?

BLAS. Canalla!
GASPAR. Padre de pega!
he de entrar.
BLAS. Digo que no! (*Salen.*)
GASPAR. Quién me lo puede estorbar?
ANA. Blas! qué es eso?
BLAS. Este señor
que atropella á los criados.
GASPAR. Porque he dado un torniscon
de media vuelta! vea usté!
no han rodado mas que dos.
ANA. Retírate, Blas!
BLAS. Le juro (*Marchándose.*)
qué...
GASPAR. No jures, pecador!

ESCENA III.

ANA, CLARA y GASPAR.

ANA. Háblale tú. (*Ap. á Clara.*)
GASPAR. Pues supuesto
que ya sabe usté quién soy,
—buenos dias. (*Con seriedad.*)
CLARA. Buenos dias. (*Lo mismo.*)
GASPAR. Ve usté si tengo razon?
CLARA. En qué?
GASPAR. No lo he dicho ya?
CLARA. Hasta ahora...
GASPAR. Es verdad que no.
—Pero el sexo femenino,
y sea dicho con perdon,
es un...
CLARA. Que está ahí la señora.
GASPAR. Es un embolismador.
—Me parece que no he dicho
ninguna exageracion.
CLARA. Qué busca usted?
GASPAR. Quiero ver
al amo que me crió;
es decir, al que me ha dado
sustento y educacion.

Me han dicho que hoy vá á empezar
á hacer pinitos, y yo
como le tengo esta ley!...
—Y cómo está de color?

CLARA. Bien.

GASPAR. Y come?

CLARA. No.

GASPAR. En diciendo
que falta Gaspar, adios!
—Oígame usté: habrá que darle
un pollito, algun pichon...
—yo ya le conozco: nada
de yerbas: nada de arroz!
cositas sólidas: vino
de Jerez, del superior.
(Ya que lo han estropeado,
me parece que es razon
que paguen la compostura.)

CLARA. Receta mas que un doctor. (Ap. á Ana.)

GASPAR. Tambien quiere verle el otro.

CLARA. Quién es el otro? el maton?

GASPAR. Don Fernando.

CLARA. Su contrario!
y si le guarda rencor?

GASPAR. Por eso? no lo crea usté:
entre la tropa, esas son
cosas corrientes; reñimos
por la lluvia y por el sol.

CLA . Oiga!

GASPAR. Y si hoy me matas tú,
mañana te mato yo.

CLARA. Pues hoy no es posible...

GASPAR. Vamos!

CLARA. Lo siento: sábelo Dios!

GASPAR. Mire usté que ya en Toledo
se dice que si y que no:
y que si vino, y que esto
tiene trazas de prision.
Porque es la verdad que nadie
ha visto al amo, y... señor!
con qué derecho le guarda?
es esto la inquisicion?

CLARA. Y qué mas?
GASPAR. Ó hemos de ver
al capitan ,ó si no
hay aqui la de Bitonto.
CLARA. Qué es eso?
GASPAR. Una cosa atroz!
ANA. Si ese hombre quisiera entrar
(Ap. á Clara.)
en nuestra conspiracion...
CLARA. Pues entrará.
ANA. Si parece
tan díscolo y tan huron!
CLARA. Tonteria! estos se tragan
los anzuelos dos á dos.
—Señor militar. (Á Gaspar.)
GASPAR. Presente.
¿qué hay?
CLARA. Usted me ha hecho el honor
de dirigirme una carta
con cierta declaracion.
ANA. Hola!
CASPAR. Es verdad.
CLARA. La señora,
que es quien lleva aqui la voz,
me sirve de padre y madre:
haga usted su peticion.
ANA. Pero hacer tal sacrificio!...
(Ap. á Clara.)
casarte por mí? qué horror!
CLARA. No me lo agradezca usted...
por si acaso.
GASPAR. (Me atrapó!)
Señora! con el respeto
y la consideracion
y la...
ANA. Adelante.
GASPAR. Adelante?
pues la quiero... y se acabó.
ANA. Qué mas?
GASPAR. Soy hombre de bien,
con mas paciencia que Job:
como que he servido al rey

ocho años; es prueba ó no?

ANA. Verdad.

GASPAR. Y no lo he dejado
hasta que ha querido Dios
que cumpliera.

ANA. Asi lo creo!

GASPAR. Con que esta es mi filiacion.
—Me llamo Gaspar Rebollo;
soy de Mairena de Alcor,
albéitar y licenciado
del ejército español.
—No le gusta á usté el oficio?

CLARA. Bien pudiera ser mejor;
mas mientras haya animales...

GASPAR. No ha de faltar la racion.

ANA. Y si la demanda otorgo
y con su mano le doy
quinientos pesos?

GASPAR. Caramba!
Si?

ANA. Doblon sobre doblon.

GASPAR. Quinien...—Mire usted, señora,
yo nunca he sido farol;
pero con ese dinero...
—No me engañe usted, por Dios!

ANA. Pero esto debe entenderse
que es con una condicion.

GASPAR. Toma! ya lo sospechaba.
—Qué quiere usté?

ANA. Desde hoy
eres nuestro, y por lo tanto...

LEON. Gaspar. (Dentro.)

ANA. La voz de Leon!

GASPAR. Me llama.
(Quiere dirigirse al aposento de Leon. Ana le detiene.)

ANA. Ven: quiero darte
mis órdenes.

GASPAR. Y no voy...

ANA. Pronto volverás. Tú, Clara...

CLARA. Ya sospecho la intencion.

ANA. Para no errar, calla.

CLARA. Pero...
ANA. Ni media palabra: adios.
(Váse con Gaspar.)

ESCENA IV.

CLARA y LEON, que sale despues por la puerta del fondo, izquierda.

LEON. Gaspar!—Me habrá abandonado
á mi suerte, ese bribon?
No he vuelto á verle... Aquí Clara?
vamos! ya sé dónde estoy:
no mintieron mis sospechas.
Clara! no me oyes?
CLARA. Señor?
(Ya he faltado á la consigna.)
LEON. Sabes quién me trajo?...
CLARA. No.
LEON. Hace mucho?...
CLARA. Si.
LEON. He tenido
fiebre, delirio, furor;
verdad?
CLARA. No sé.—(Si esto dura
me vá á dar un sofocon.)
LEOM. Mas ya estoy tranquilo.
CLARA. Bueno.
LEON. Me siento fuerte.
CLARA. Mejor.
LEON. Y podré marchar de aquí
hoy mismo; lo entiendes? hoy.
CLARA. Hoy!
LEON. Qué lacónica estás,
Clara!
CLARA. (No es por aficion.)
LEON. Comprendo que en esta casa
se me guardará rencor:
fuí cruel; pero qué hacia
en aquella situacion?
Espero que tu señora
disculpará mi rigor. (Pausa.)
—Si no hablas, vete!—Y Gaspar?

ESCENA V.

DICHOS y GASPAR.

GASPAR. Presente.
CLARA. (Gracias á Dios!)
GASPAR. Señora Clara?
CLARA. Qué manda
el señor Gaspar?
GASPAR. Pidió
el capitan don Fernando
visitar á mi señor.
LEON. Dónde está?
GASPAR. Viene al momento.
Tenia una comezon!...
LEON. Pobre amigo!
CLARA. Pues me gusta!
(Hablando muy de prisa.)
un amigo de mi flor!
Oigan! le dá una estocada
que le deja con la uncion
y ahora se nos hace el tierno!
se necesita valor!...
LEON. Pero, Clara!
CLARA. Cuando digo
yo que estos hombres de pro
son peores...—No haga usted
caso de ese sangrador.
LEON. Clara!
CLARA. (Me he desahogado
un poco! gracias á Dios!)
Qué decia usted?
LEON Parece
que has recobrado la voz!
GASPAR. Permítale usted que pase,
que ya consiente el doctor
que hable el enfermo; está usté?
CLARA. Muy bien. (Marchándose.)
GASPAR. Monona! (Ap. los dos.)
CLARA. Gachon! (Váse.)

ESCENA VI.

LEON y GASPAR.

LEON. Qué la decias?
GASPAR. Á Clara?
poca cosa! me echó un guiño,
como si yo fuera niño!
como si yo me ablandára!
LEON. Quién como tú!
GASPAR. Verdad.
LEON. Tú eres
muy feliz en esa parte.
GASPAR. Lo cierto es que tengo un arte
para tratar las mujeres!...
—No es insensibilidad,
que me gusta un buen palmito;
mas tampoco me derrito
con esa facilidad.
Y como soy solapado,
me suelo estar á la capa,
y ya ninguna me atrapa.
LEON. No?
GASPAR. (Porque me han atrapado!)
LEON. Y mi prima?
GASPAR. Me dá rabia!
le han puesto á usté como á un Cristo!...
LEON. Habla.
GASPAR. Dos veces la he visto;
mas parece que está en babia.
LEON. Enferma? (Con interés.)
GASPAR. No!—La primera
vez que la ví, fué á otro dia
del lance, y por ver qué hacia,
la dije de esta manera:
«Niña! ya se armó el belen!
Don Leon, *requiescat in pace.*
Diga usté si esto se hace
entre personas de bien.»
—Que si quieres! con mas calma
se echó á reir!... es mal bicho!

como si la hubiera dicho
bendita sea tu alma.
—Pues la otra vez... qué mujeres!
digo que parece loca!
la encontré manos á boca
y me preguntó: «Quién eres?»

LEON. Eso es raro!

GASPAR. Por supuesto.
—Con que la dije: «Soy yo!
Gaspar!»

LEON. Y qué?

GASPAR. Y me miró;
pero no me dijo, ni esto.

LEON. Y qué será.

GASPAR. Yo qué sé?
si miente con un aplomo!...

LEON. Pero desde cuándo y cómo
estoy aquí?

GASPAR. Diré á usté.
Aunque enemigos mortales,
al fin son ustedes primos.
—Pues el dia en que tuvimos
el lance en los Cigarrales...
—Sabe usted que me dá grima
de acordarme de eso? á ver
quién habia de creer
que el otro quedára encima!
yo que he podido apreciar
esa mano, iba contento;
pero conocí al momento
que usté no tiraba á dar,
y al verle herido, decia:
«Señor! hay cosa mas rara?»
Y nos puso usté una cara,
que dije: «El amo las lia.»
—Esperando, para entrar
en Toledo, á que la noche
cerrára, vimos un coche
por el camino bajar.
Pienso que iba esa embustera
en él.

LEON. De qué lo deduces? (Con interés.)

GASPAR. De una sombra entre dos luces
que columbré en la testera,
y que mostraba su ahinco
lanzando cada sollozo!...
—Bajó un mozo, y otro mozo,
y luego el viejo, de un brinco.
Tú esa mano, yo este pié,
le cogimos sin tardanza,
y le entramos en la panza
de aquel arca de Noé;
y el viejo, que le trató,
eso si! con mucho mimo,
dijo: «Á casa con el primo.»
—Lo de *primo* me quemó.
—Vino el doctor: hubo aquello
de, es peligrosa la herida!
no respondo! está la vida
colgada con un cabello!
no hay que toser! no hay que hablar!
y otras cosas sin sustancia
con que aumentan su importancia
los del arte de matar;
y yo que tan mal lo ví,
dije, y no por egoismo:
si se ha de morir, lo mismo
es que muera aquí que allí.
LEON. Y ella, dime, se ha acercado
á mi lecho?
GASPAR. Nunca.
LEON. Estás
seguro de ello?
GASPAR. Jamás.
LEON. Si la he visto.
GASPAR. Usté ha soñado.
LEON. Tal vez la fiebre...
GASPAR. Eso es!
No me he apartado un momento
de su cabecera. (Miento
lo mismo que un genovés.)
LEON. Y cómo yo no te ví?
GASPAR. (Aprieta, testigo!)
LEON. Acaba.

GASPAR. Si veia á quien no estaba,
cómo habia de verme á mí?
LEON. Eso si.
GASPAR. (No hay desatino
que no crea.)
LEON. Y tu lealtad
me asegura...
GASPAR. La verdad
no tiene mas que un camino.

ESCENA VII.

DICHOS y D. FERNANDO.

FERN. Leon! Leon!
LEON. Ven aquí!
(Corriendo hácia él y abrazándole.)
FERN. Me guardas rencor?
LEON. Fernando!
es posible! desde cuándo
opinas tan mal de mí?
FERN. Ni fuera justo tampoco
tu enojo.
LEON. Digo yo nada?
FERN. Tú mismo sobre mi espada
te arrojaste; estabas loco?
LEON. Quise morir.
FERN. Qué conciencia!
morir!
LEON. Ese fué mi intento.
FERN. Dejando un remordimiento
que llenára mi existencia!
—Mas pues vives y no dudas
de mí, reine la alegria.
LEON. Vete. (Á Gaspar.)
GASPAR. (En cuánto venderia
á su amo aquel otro Judas?) (Váse.)

ESCENA VIII.

LEON, FERNANDO.

FERN. Entre dos amigos, quién
creyera?...
LEON. De lo pasado
no me acuerdo.
FERN. Has olvidado
á la primita tambien?
LEON. Olvidarla! quién la olvida?
por qué negar la verdad?
FERN. La quieres.
LEON. Es la mitad...
es el todo de mi vida.
Sin su imágen siento aquí
la muerte! ténlo por cierto:
si, Fernando! tú me has muerto
y ella es la que vive en mí.
FERN. Y por qué haces resistencia
á tu bien?
LEON. No lo conoces?
diciéndomelo es á á voces
temerosa mi conciencia.
Aunque á mis deseos cuadre
esa boda, me parece
que el oro que ella me ofrece
es la sangre de mi padre.
FERN. Tú abultas...
LEON. No lo disputo;
mas se creyera que hacia
inícua mercaderia
de su agravio y de mi luto.
—Y eso que habla en su favor,
—hija de mi calentura
tal vez,—una criatura
toda sonrisa y amor!...
Temí; dudé si era ella:
despues, sin duda ha volado
al cielo, y solo ha quedado
en mi corazon su huella.

Y era su hermoso retrato;
era su ademan risueño
que acariciaba mi sueño
y calmaba mi arrebato.
Una noche,—mi razon
reposaba más tranquila,
—ví su amorosa pupila
llena de alegre expresion,
que encontrando en mi quietud
un motivo de consuelo,
con una lágrima, al cielo
dió gracias por mi salud.

FERN. Y era ella?

LEON. Ó yo delirante
la imaginé en mis antojos.
No ves que cierro los ojos
y se me pone delante?

FERN. Y qué vas á hacer?

LEON. Huir.
Aunque mi pasion es mucha,
sé tambien que en esta lucha
jamás he de sucumbir.
Por eso evitarla quiero;
porque el deber es adusto
en este caso, y no es justo
dejar de ser caballero.
Volveré á mi habitacion,
si Pedro me la ha guardado.

FERN. Quién! Pedro? pues has dudado
de ese noble corazon?

LEON. Y quién nos hubiera dicho
que abriga aquella corteza
tal ley!

FERN. La naturaleza,
que tiene cada capricho!...

LEON. Es cierto.

FERN. Y cada contraste!...

LEON. Pues bien: allí me acomodo,
y Dios sea conmigo. (Con abatimiento.)

FERN. Todo
está como lo dejaste.

LEON. Oh, buen Pedro!— Siendo así,

hoy mismo de aquí me alejo:
es empeño.

FERN. Pues te dejo
y vuelvo luego por tí.
Tú no puedes ir á pie.

LEON. Te engañas; me siento fuerte.

FERN. No, no, Leon! de otra suerte
jamás lo consentiré.
Un coche... ó mejor seria
silla de manos.

LEON. Bien, bien.

FERN. Adios, y mi parabien...

LEON. De qué?

FERN. De tu mejoria. (Váse.)

ESCENA IX.

LEON, luego GASPAR.

LEON. No sabes tú que la muerte
tuviera por mas fortuna!
Gaspar?

GASPAR. Señor! (Ni un momento
me dejan con la futura.)

LEON. Hoy salimos de esta casa.
(Por qué cobarde fluctúas,
corazon?)

GASPAR. Si? (Desconcertado.)

LEON. Y ojalá
que no hubiera entrado nunca!
Arregla nuestra maleta. (Váse.)

ESCENA X.

GASPAR y CLARA.

GASPAR. Voy.—Mire usté qué diablura!

CLARA. Conque se nos marcha usté? (Saliendo.)

GASPAR. Que me marcho? usted se burla?

CLARA. Si lo he estado oyendo todo
por aquella cerradura!

GASPAR. Con que la niña es curiosa!

eso es lo que no me gusta.
—Y en fin, si el amo se vá...
CLARA. Se queda usted?
GASPAR. Qué pregunta!
CLARA. Pues deje usted la maleta,
que no corre prisa.
GASPAR. Y mucha.
Está el amo hecho un veneno;
si tardo me dá dos punta-
pies, pim! pam! que voy á ver
las estrellas y la luna.
CLARA. Lo que eso quiere decir,
—tengo yo poca ventura!
—es que usted me está engañando,
y que tambien se nos muda.
Falso!
GASPAR. Yo?
CLARA. Si señor! falso
mas que Judas.
GASPAR. Eh! criatura!
mire usté lo que se dice,
que á mí no se me echan pullas!
Judas soy; pero he vendido
por mas dinero que Judas.
En fin, no hago la maleta
y salga el sol por Andújar.
CLARA. Y hasta que el doctor no diga
que está á su gusto la cura,
no sale tu amo de casa.
GASPAR. Aunque me dé cada zurra!...
digo que no sale! vamos!
que no sale!
CLARA. Así me gusta.
(Aparece D. Leon en la puerta del fondo y Clara hace que se vá.)

ESCENA XI.

LEON, CLARA y GASPAR.

GASPAR. Ahí está: me dejas solo
con él?

CLARA. Para que te luzcas.
GASPAR. No, hija mia! no te vayas
y presenciarás la tunda.
LEON. Estamos listos?
GASPAR. Estamos..
digo, yo estoy... *entre Lucas*
y tentaciones.
LEON. Qué quiere
decir eso? qué murmuras?
GASPAR. Pues esto quiere decir
que me rompa usted la nuca,
pero que de aquí no sale
mientras no esté en su figura.
(Dios me coja confesado!)
LEON. Cómo, bribon? (Su conducta
no merece... y hasta creo
que su oposicion me adula.)
GASPAR. No pensé que iba á tomarlo (Ap. á Clara.)
así, con tanta blandura.
Esa pícara estocada
le ha aliquebrado sin duda.
CLARA. Dónde vá usted, que parece
que lo han chupado lechuzas?
LEON. Y si vuelve el capitan,
que ha de venir en mi busca?
GASPAR. Le dice usté que se vaya. (Á Clara.)
LEON. Eh? me parece que abusas...
GASPAR. Ó que pase á ese otro cuarto
y me espere.—Aunque se aburra...
(Habla al oido á Clara.)
CLARA. Y si quiere compañia?
GASPAR. Vaya al cuartel por la suya.

ESCENA XII.

DICHOS y BLAS por la derecha con algunos papeles.

LEON. Hola! el padre!
BLAS. Si, señor:
mayordomo otra vez hoy:
mas si su padre no soy
puedo serlo en el amor.

LEON. Tanto la quiere usted?
BLAS. Tanto,
que toda mi sangre diera
por ella, si lo exigiera.
LEON. Hace usted bien: no me espanto.
Reconozco la bondad
de Ana: es discreta y es bella;
pero no está en mí ni en ella
ser felices... no es verdad?
BLAS. Á veces nos empeñamos
en ello, y el mas discreto...
—En fin, yo no me entrometo
en las cosas de mis amos.
En las de usted sobre todo:
soy franco: mas me dá pena
ver que una mujer tan buena
se malogre de ese modo.
LEON. Pues qué? (Con ansiedad.)
BLAS. No vivo! no duermo!
—Pero estando estos criados!...
(Ap. á Leon.)
—Tengo asuntos reservados
(Á Gaspar y Clara.)
que tratar con el enfermo.
GASPAR. Y estorbo?
BLAS. Si.
GASPAR. (Con qué calma
lo dice!) No viene usté?
—Tengo que decirla... (Ap. los dos.
CLARA. Qué?
GASPAR. Cuatro cositas al alma.
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

LEON y BLAS.

BLAS. Desde aquí la oigo llorar,
(Acercándose á la derecha.)
que el corazon me traspasa!
LEON. Ya sé qne estoy en su casa.
BLAS. Bien lo pudo sospechar.

LEON. No quiero verla: no quiero
hablarla.
BLAS. En qué ha delinquido,
señor?
LEON. Conozco que he sido
duro con ella, y grosero.
Por lo mismo, evitaré
que esta situacion se agrave.
BLAS. Por lo visto, usted no sabe
su mayor desgracia.
LEON. Qué? (Alarmado.)
hay algo mas?
BLAS. Desde aquella
ocurrencia desgraciada,
está la pobre alelada.
LEON. Qué dice?
BLAS. Que ya no es ella.
—Con la palabra en la boca
me ha dejado hace un instante.
triste, abatido el semblante.
LEON. Está loca?
BLAS. Casi loca.
Y, para que usted se asombre!
por mucho que me fatigo,
escasamente consigo
que se acuerde de su nombre.
Por lo demas... de la historia
aquella? ni por asomo!
—Parece mentira! cómo
se pierde así la memoria!
LEON. Dios mio!
BLAS. Y una mujer
sola aquí, sin un pariente,
no está bien, y mayormente
siendo de buen parecer.
Perdone usted, don Leon,
si doy á usted, lo primero,
este jicarazo; pero
yo cumplo mi obligacion.
LEON. Gran Dios! (Abatido.)
BLAS. Nadie mas que usted
en este caso sabrá

lo que ha de hacerse: ella está
lo mismo que esa pared:
y aunque de criados fieles
presumimos Clara y yo,
estando usted... eso no!
Aquí traigo sus papeles:
y uno es para usted: deseo
que lo mire... (Buscando.)

LEON. Para mí?

BLAS. No, no es este:—ya está aquí;
y bien cerrado. (Entregándoselo.)

LEON. Qué veo!

BLAS. Ese y los demas le fio,
ya que no puede la pobre
enterar á usted...

LEON. (El sobre
es de letra de mi tio.)

BLAS. Puso su esperanza toda
el amo en un hombre ingrato,
y tuvo especial conato
en realizar esta boda.
Una vez hecha, mandó
el difunto, que ese pliego
fuese condenado al fuego;
mas de otra manera, no.

LEON. (Lee.) «Á don Leon Carvajal.»
—Déjeme usted.

BLAS. (Bien! ya manda
como amo: si no se ablanda
este hombre, es de pedernal.)
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIV.

D. LEON, solo. Abre la carta y lee.

«Sobrino: este pliego, que es solo para tí, »no te será entregado sino cuando mi pobre »Ana haya perdido la esperanza de ser tu »esposa. Por un codicilo de mi tio, que hice »desaparecer á su muerte, quedaba tu padre »por heredero de la mitad de sus bienes. Un

»crímen lleva á otro: arrojé de mi casa á un »hermano. Aquellos bienes, hoy menoscabados, apenas bastan á cubrir lo que es hoy »tu herencia: tuyos son, y mi hija expiará »los errores de su padre; pero si eres tan generoso como aquel á quien tanto ofendí, y »que sin duda me ha perdonado, ocúltala en »cuanto puedas mi falta, en gracia á mi arrepentimiento.» (Pausa.)

Alégrate, corazon!
ya puede tu compasion
su noble arranque seguir:
ya no se podrá decir
que has vendido tu perdon.
Mas para esto es necesario
que ella sepa la verdad,
ó seré de lo contrario
infamador voluntario
de mi propia dignidad.
Y sin embargo; quién osa
herirla, siendo tan bella,
tan buena y tan generosa,
y oyendo esta voz medrosa
que está implorando por ella?
Me pide con ruego blando
que oculte su desacierto!...
Quién, mi angustia contemplando,
creyera qne me está dando
lástima del pobre muerto!
—Bien; pero cómo confundo
al mundo, si á ello me empeña
con su desprecio profundo?
—Perdido está el que desdeña
la estimacion que dá el mundo.
Honor! honor! mucho vales,
y hoy en balanzas iguales
fluctuando, por fuerza tienes
que dudar entre dos bienes
y escoger entre dos males.
—Pero qué necia quimera!
En su triste situacion,
mirando á esta pena fiera,

Dios la quitó la razon
para que el mal no sintiera.
Nada me impide gritar;
«ese oro usurpado, es mio,»
y si me vieren casar
con Ana; podrán dudar
que fué por libre albedrio?
y al que á dudarlo se atreva,
le diré: «Aquí está la prueba
de que al formar estos lazos,
amor, solo amor me lleva
de esa infeliz á los brazos.»

ESCENA XV.

LEON y ANA por la derecha.

LEON. Ana! (El corazon me parte
verla así.) No oyes?
ANA. Qué es eso?
LEON. Me conoces?
(Ana le mira un momento como distraida.)
ANA. Si: te he visto;
dónde? cuándo? no lo puedo
asegurar; pero, sí!
yo te he visto! ya lo creo!
LEON. Ah! miserable de mí!
ANA. Pero qué tienes?
LEON. ¿Qué tengo?
vergüenza de mi conducta
infame! vergüenza... y miedo!
—Ana! vuelve en tí: contémplame
un instante.
ANA. Ya te veo.
LEON. No te acuerdas del villano
que en tu enamorado pecho
sembró el dolor?
ANA. No.
LEON. De aquel
que te agravió desatento?
ANA. No.
LEON. Que envolvió en su venganza
á la que llena de afecto

le brindó paz y ventura?
ANA. No me acuerdo: no me acuerdo.
LEON. Yo soy Leon.
ANA. Si; Leon.
LEON. Tu amante.
ANA. (Quiéralo el cielo!)
LEON. Dime, Ana mia! recuerdas
la tierra que en otros tiempos
vió nuestra niñez alegre?
ANA. Oh! si! (Despues de una pausa.)
LEON. Allá lejos...
ANA. Muy lejos.
LEON. Recuerdas cuando en sus bosques
dormias sobre mi seno
y en mis brazos te llevaba?
ANA. Ya recuerdo: ya recuerdo.
LEON. Mas pasaron esos dias,
y yo irritado y soberbio
te insulté.
ANA. No!
LEON. Yo, villano...
ANA. Quién! tú? no puedo creerlo.
LEON. Te digo...
ANA. Si te conozco
hace mucho, mucho tiempo!
Yo era niña; y me tenias
tanto amor! y eras tan bueno!
LEON. Fuí bueno, es verdad: la infancia
es benigna; pero luego
la ausencia, el dolor, la ira
y el odio me pervirtieron.
ANA. Imposible!
LEON. No lo dudes;
y atropellé tu respeto
y desoí tus clamores.
ANA. Cuántos años habrá de eso!
LEON. Solo queda á mi locura
una disculpa; que el yerro
no fué de mi corazon,
sino de mi entendimiento.
Por la luz que te he robado,
por todo el mal que te he hecho,

desde aquí con alma y vida
hacerte feliz prometo.

ANA. Si es verdad lo que me dices,
bendiga Dios el momento
en que pensaste agraviarme!

LEON. Me perdonas?

ANA. Dios del cielo!
me lo pregunta!

LEON. Mañana
partimos de aquí.

ANA. Lo apruebo.

LEON. Y atravesando los mares
á Palma nos volveremos:
al lugar donde tu infancia
corrió en apacibles juegos.
—Si, Ana mia?

ANA. Á nuestra Palma!
y qué presente la tengo!

LEON. Y mi amor?

ANA. Esa es mi vida!

LEON. Y mi agravio?

ANA. No me acuerdo.

(Leon la mira receloso, como quien empieza á recelar la ficcion de Ana.)

LEON. Y cómo es que tu memoria
conserva en tí el sentimiento
de antiguas dichas, y olvida
recientes males á un tiempo?

ANA. Si te digo la verdad...

LEON. Qué?

ANA. Yo tampoco lo entiendo.

LEON. Tal vez si.

ANA. Pero sin duda
son milagros del afecto.

LEON. Ana! Ana mia! (Ay de mí
si es verdad lo que sospecho!)
—No has perdido la razon!
la verdad! la verdad quiero!

ANA. Para recordar amargas
memorias, yo te lo ofrezco;
loca estoy, loca estaré
mientras que Dios me dé aliento.

LEON. Infeliz!...
ANA. Para pagarte
las venturas que hoy te debo,
yo procuraré guardar
memoria y entendimiento.
LEON. Me has engañado.
ANA. Perdona!
LEON. Pero cuál fué tu proyecto?
ANA. Cuál? seguirte á todas partes
ocultando los destellos
de mi razon, procurando
por verte, vivir muriendo.
Y á no haber visto el ardiente
amor que en tus ojos leo,
nunca hubiera sospechado
lo que alegre te confieso.
LEON. Oh, mujer! en tu flaqueza
qué grande el Señor te ha hecho!
ANA. Ay, Leon! (Con esperanza.)
LEON. Y yo á tu lado,
¡qué infeliz soy!
(Queda por un momento abatido; pero luego, como indignado consigo mismo, exclama.)
Qué pequeño!
ANA. Qué tienes? (Con temor.)
LEON. Una voz oigo
que está gritando aquí dentro:
«Haz un sacrificio, haz uno
por tantos como ella ha hecho.»
(Arroja á la chimenea el pliego: Ana corre hácia ella y lo coge. Leon quiere arrebatárselo.)
ANA. Qué hablabas de sacrificio?
LEON. Ana! respeta el secreto...
suelta.
ANA. No.
LEON. Te lo suplico
por tu vida.
ANA. Me rebelo.
LEON. Por la mia.
ANA. Basta! basta!
(Suelta el pliego, que vuelve á arrojar Leon en la chimenea: despues abriendo sus brazos, recibe en

ellos á Ana.)

LEON. Hágale justicia el fuego!
—Esposa mia!

ANA. Ese nombre
colma todos mis deseos.
(Cae medio desfallecida en una silla, Leon se arrodilla á sus piés.)
—Clara! Blas! amigos mios!
venid! (Gritando con alegria y sollozando.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. FERNANDO, BLAS, CLARA y GASPAR.

BLAS. Señora! qué es eso?

ANA. No lo ves?

FERN. Leon!

LEON. Al fin...

ANA. Al fin, á mis pies le tengo:
no, en mis brazos! y Dios quiera
que encuentre la dicha en ellos.

LEON. Tú sí! tú sí que mereces
hallarla.

ANA. Tambien lo creo!
Dios sabe lo que he sufrido:
por eso me dá este premio.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 17 *de Diciembre de* 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

ıcete.	R. S. Perez.
ılá de Henares.	Z. Bermejo.
ɔy.	Paya é hijos.
:ciras.	R. Muro.
ante.	A. Lloret.
agro	A. Vicente Perez.
e? ia.	L. Iribarne.
újar.	D. Caracuel.
equera.	J. A. de Palma.
njucz.	D. Santisteban.
'a.	N. P. Rocandio.
'és.	M. Roman Alvarez.
ajoz.	F. Coronado.
za.	F. Lopez Moreno.
bastro.	G. Corrales.
celona.	A. Saavedra.
:r.	M. Illan.
ao.	T. Astuy.
gos.	T. Arnaiz.
ra.	B. Montoya.
res.	J. Valiente.
iz.	V. Morillas y Compañia.
tayud.	F. Molina.
arias.	M Savoie, de *Santa Cruz de Tenerife.*
mona.	J. Gonzalez Serrano.
olina.	H. Lozano.
tagena.	J. Pedreño.
tellon.	J. M. de Soto.
trourdiales.	T. Astuy, de *Bilbao.*
ta.	J. Bosqui.
lad-Real.	Viuda de Gallego.
doba.	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo.
uña.	J. Lago.
ıca.	P. Mariana.
a.	J. Giuli.
rol.	J. Lago, de la *Coruña.*
eras.	Viuda de Bosch.
ma.	F. Dorca.
n.	Crespo y Cruz.
nada.	J. M. Fuensalida
dalajara.	F. Sanchez.
ana.	Charlain y Fernandez.
o.	P. Quintana.
lva.	J. de Osorno é hijo.
sca.	M. Guillen.
ı.	R. Martinez.
ı.	R. Hidalgo y Sanchez.
va.	J. Perez.
z.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
ı.	M. Gonzalez Redondo.
da.	T. Casals.
tres.	R. Carrasco.
roño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Murcia.	T. Guerra.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	R. Gutierrez.
Salamanca.	T. Oliva.
San Fernando.	A. Molinelo.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	M. Sol.
Teruel.	A. Lázaro.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

MADRID. Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del men, y de *M. Escribano*, calle del Príncipe.

